



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

Jubilación y vejez

Un enfoque psicológico anclado sobre determinantes sociohistóricos del sujeto ¿y lo deseante?

Formato: Ensayo académico

Estudiante: Hollich Cabrera, Rodrigo

C.I: 4.729.934-1

Docente tutora: Prof. Adj. Mag. Mónica Lladó

Docente revisora: Prof. Dra. Adriana Rovira

Febrero 2025

Montevideo, Uruguay

Índice

Introducción.....	4
Imaginando vejeces superadoras de los mandatos capitalistas de producción.....	8
Vejez ¿causa y/o determinación del proceso jubilatorio?.....	14
El lugar conquistado por el Trabajo, alimenta la reproducción del modelo de subjetividad hiper-moderno.....	19
Viejo jubilado ¿agotado en su expresión jubilar?, el viejo se redefine una y tantas veces transitando su vejez.....	24
Si trazáramos una línea, ¿qué forma tendría en un recorrido desde nuestro nacimiento en adelante?.....	27
¿El sentir hacia nuestra vejez, refleja nuestro pensar acerca de ella?.....	33
De las vejeces vividas, ahora tampoco homogéneas...dónde queda entonces el género.....	37
Vejez activa creadora de sentidos, trascendiendo las dimensiones biológica y cronológica.....	40
Consideraciones.....	42
Referencias bibliográficas.....	45

*“Como un telón infinito
que lentamente se va bajando
así cargamos mil telones
imaginarios
sí una ilusión de vida
antes de tiempo
das por perdida
sin un intento
perdés un sueño
bajamos los telones
de los que son más viejos
como impacientes
la vejez
es un puerto
al que no vamos
últimamente
al comenzar la vida
te suben el telón
una familia
en blanco su guion
escribe la función
y canta al viento
sí un día baja
de pronto tu telón
y te sorprende
el fin de la función
te dejo esta canción
y canto al viento”*

Murga Cayó La Cabra, 2025

Introducción

El presente trabajo encuentra punto de partida sobre mi formación académica y experiencia laboral personal con la vejez y la/s mirada/s sobre ésta; tránsito y devenir profesional signado de gustos/disgustos, miradas redefinidas, superadoras y abiertas. Específicamente el contacto profesional con la población referida, se enmarca en el desempeño laboral actual como Lic. en Trabajo Social en un Centro de Adultos Mayores –de característica 24 horas-, gestionado por Organización de la Sociedad Civil mediante convenio con el Estado, conformando política pública destinada a la atención de la situación de personas en situación de calle. Por otra parte, el presente documento encuentra anclaje en la realización de la monografía de grado en la Licenciatura en Trabajo Social en UdelaR; titulada “Hacia el retiro del mercado laboral del viejo. Configuración de una nueva cotidianeidad” en la cual se procura cierta aproximación reflexiva desde el campo disciplinar del Trabajo Social sobre el impacto del retiro del mercado laboral del sujeto y la construcción futura de su existencia. En dicho trabajo me propuse pensar al viejo jubilado en relación a su núcleo familiar y su nueva cotidianeidad, mediante distintas preguntas. ¿El viejo es partícipe en la construcción de su nueva cotidianeidad? ¿Es posible la reinscripción por parte del viejo jubilado al interior del núcleo familiar o es mera adaptación impuesta ante su nueva condición?

Retomando el documento mencionado, el presente ensayo toma de base la expansión de un modelo capitalista neoliberal en la construcción subjetiva del individuo, enfatizando sobre sus determinantes yoicos, expresados en la capacidades de flexibilidad y adaptabilidad ante un nuevo escenario como sujeto jubilado. En relación a ello, se propone enriquecer el documento a partir de diversos fragmentos expresados en la voz y discurso de algunos individuos integrantes del Centro 24 horas y procesos particulares de intervención profesional donde desempeño el rol profesional de Lic. en T.S. Dando cuenta de heterogéneas vivencias experienciales, no solamente desde el transcurrir actual de sus vejez y tránsitos jubilatorios, sino anclados en sus trayectorias laborales previas, habilitando un enfoque desde el deseo y redefinición identitaria del viejo.

La vejez habitualmente es representada extendidamente como una etapa “negativa” del curso de vida del sujeto, visibilizándose características que la asocian con la enfermedad, la decrepitud y dependencia. En un ordenamiento capitalista mercantil, se la concibe como una etapa no productiva de la vida, siendo que el sujeto envejecido ya no proporciona su fuerza de trabajo para la producción de capital.

El ensayo académico tendrá como propósito llevar adelante una problematización reflexiva respecto al sujeto atravesando su curso vital en la vejez, a partir del pasaje de individuo productor a *no*-productor imperante del sistema capitalista. Se profundizará sobre las nociones de subjetividad, identidad y proyecto, siendo permeadas por categorías analíticas como ser trabajo y jubilación, desde una concepción de sociedad hipermoderna. En sociedades mercantiles el trabajo asalariado es uno de los principales referentes que otorga sentido y legitimación al sujeto. Consideramos así la transición de trabajador a jubilado uno de los mayores cambios –a veces abrupto- que se suceden en dicho momento del curso vital, repercutiendo en distintas dimensiones que organizan, estructuran y singularizan la experiencia de cada sujeto envejeciente.

El contexto político y legislativo actual en nuestro país introdujo recientemente modificaciones en torno al marco y regulación jubilatoria y a los aspectos inherentes a la seguridad social; plasmadas en la Ley N° 20.130 (Ley de reforma de la Seguridad Social) la cual entró en vigor el 01 de agosto del año 2023, conllevando cambios sobre el anterior régimen jubilatorio regulado por la Ley N° 16.713 del 03 de setiembre de 1995. El nuevo sistema establece como edad de retiro los 65 años de edad, manteniéndose el requerimiento de los 30 años de cumplimiento de servicio a través de aportes contributivos correspondientes - para aquellas personas nacidas desde el año 1977 en adelante-. Sumado a los aspectos de índole demográficos que caracterizan a nuestra población; amerita indudablemente poner en debate la presente temática, siendo imprescindible la participación del colectivo social implicado, sin dejar de tener en consideración la enorme cantidad de población adulta y envejecida que tiene nuestra sociedad.

En Uruguay a partir del último censo de población realizado por el Instituto Nacional de Estadística (INE) en el año 2023, se desprende que la población de personas mayores en nuestro país –mayores de 65 años-, representa el 16 % de la población total, configurándose una estructura etaria envejecida. Se destaca a su vez un incremento porcentual del 2 % de dicha franja etaria en relación al anterior censo poblacional realizado en el año 2011. Es posible ratificar lo expuesto a través del índice de envejecimiento, el cual da cuenta de la razón de viejos respecto a los menores de 14 años. Él mismo evidencia para el período señalado la cifra de 88 viejos por cada 100 menores de 14 años, tendencia que ha ido acrecentando con el paso de los años. Ante este panorama nos encontramos frente a un gran desafío a nivel social, político y legislativo, adquiriendo relevancia la reflexión, diálogo y debate sobre las prácticas, dispositivos y políticas desde donde se contempla a este sector poblacional.

A partir de la consideración presentada enmarcada acerca de los avatares del proceso de desvinculación laboral, es preciso hacer hincapié sobre la tasa de actividad que caracteriza a nuestra población. La misma representa la proporción de personas que se encuentran activas (ocupadas o desocupadas) respecto a las personas que se encuentran en edad de trabajar – mayores de 14 años-. Según el INE, mediante datos reflejados en Encuesta Continua de Hogares para el período setiembre 2024 ésta alcanza el 64,7% de la población. Específicamente si tomamos en consideración a la población de 65 o más años de edad, el porcentaje alcanza al 12,5%, guarismo significativo teniendo en consideración el marco normativo que da amparo a la desvinculación formal del ámbito laboral para dicho sector de la población.

Los datos demográficos resultan determinantes para comprender la relevancia que reviste la jubilación/retiro del mercado laboral formal en nuestro país, tanto por el importante porcentaje poblacional que se encuentra ya jubilado, como también por el peso que representa la franja etaria relativa a las personas mayores de 50 años en nuestra sociedad, las cuales se encuentran más próximas a transitar dicho proceso. Otro aspecto relevante a considerar, es el relativo a la marcada brecha de género en cuanto a la participación de las mujeres y varones en el mercado de trabajo formal y el trabajo de carácter no remunerado. Ello repercute sensiblemente sobre las distintas transiciones hacia el retiro de unos y otras. (Gallo y Santos, 2022) sostienen que mientras los varones pasan en mayor medida de la actividad remunerada a la jubilación, las mujeres lo hacen de la actividad remunerada y quehaceres del hogar a la condición de jubilada/pensionista.

Se hace fundamental considerar la transición actividad/retiro desde una mirada no lineal. Acceder a una jubilación no en todos los casos implica el alejamiento del mercado laboral. La combinación actividad laboral y jubilación es una situación que alcanza al 10 % de personas mayores. Nuevamente encontramos diferencias marcadas si hacemos la distinción por género, duplicando prácticamente los varones al porcentaje en mujeres. Se destaca que dicha proporción ha disminuido en los últimos años (Gallo y Santos, 2022). Si bien en edades más tempranas las diferencias son más notorias, queda también al descubierto una marca de género en la condición de actividad en la vejez. En tanto los varones mantienen una mayor participación en la actividad remunerada, las mujeres comparten una participación alta en lo referido a quehaceres del hogar y cuidados. Se perpetúan por tanto desigualdades de ingreso por género en la vejez, siendo en la inmensa mayoría de los casos desventajosa para las mujeres en relación a los varones. Ello responde a decir de las autoras, a la división sexual del

trabajo, característico para todos los grupos etarios. Problematizar las implicancias y alcance de la transición jubilatoria, requiere por tanto recuperar las trayectorias laborales diferenciales para cada uno de los géneros, marcando desenlaces del retiro disímiles para varones y mujeres.

Imaginando vejeces superadoras de los mandatos capitalistas de producción

“Todos vosotros que amáis el trabajo salvaje y lo rápido, nuevo, extraño, os soportáis mal a vosotros mismos, vuestra diligencia es huida y voluntad de olvidarse a sí mismo. Si creyeseis más en la vida, os lanzaríais menos al instante. ¡Pero no tenéis en vosotros bastante contenido para la espera, y ni siquiera para la pereza!”

Friedrich Nietzsche

Así habló Zaratustra

Pensar sobre las implicancias acerca del proceso jubilatorio -retiro del ámbito productivo-, conlleva considerar necesariamente la trayectoria y desempeño laboral del individuo, de tal forma se podrá incorporar la noción de sujeto envejeciente. Enmarcado en un modelo socioeconómico capitalista neoliberal, a decir de Rovira (2024) se ha producido un cambio sustancial en las formas en las cuales son valorados los individuos, profundizándose los valores de uso e intercambio, aspectos heredados del capitalismo industrial. En particular sobre las personas mayores, queda interpelado este segmento etario en función de la utilidad y funcionalidad que al sistema puedan ofrecerle, sin considerar la carga que muchas veces puedan representar.

Se presenta un doble juego en la operación social actual de sustracción del valor de la vida para las personas mayores, en el que hay una representación de que las personas mayores ya dieron lo que tenían para dar en la sociedad. En la actualidad no hay un valor asociado desde las lógicas capitalistas que haga posible ubicar la importancia de las personas mayores vinculado al nexo de futuridad. Sus cuerpos ya no pueden reproducir vida, a pesar que hay cuerpos que pueden reproducirse en la vejez. (Rovira, 2024, p.76)

Se hace hincapié en que el presente trabajo se motiva en el reconocimiento del viejo a partir de su valor individual y social intrínseco. Por ello se considera que recuperar la valoración del viejo, implica sobre todas las cosas comenzar por nombrar al sujeto por lo que es. Desde el vamos y a lo largo del ensayo haremos mención al sujeto viejo a través del término que lo demarca, viejo (Hollich, 2015).

(...) trabajamos conceptualmente los modos de nombrar la vejez, en tanto posicionamiento teórico de nuestra investigación, y también para mostrar que detrás de esto subyace una concepción de sujeto, de mundo, en este caso de vejez, que a su vez va construyendo imaginarios, representaciones que es necesario modificar y reconstruir. (Ludi, 2005, 32)

Llamar al viejo como lo es, viejo, representa desafíos. El modo de nombramiento nos posiciona desde una perspectiva ideológica. Es así que supone por una parte aludir al término despojado de la negatividad que habitualmente conlleva, y por otra hacer referencia al sujeto envejecido sin discriminación hacia éste. No se trata a su vez de modificar simplemente la forma de llamar por su nombre al sujeto viejo para subsanar dicha carga peyorativa atribuida socialmente sobre éstos, sino como punto de partida de modo que permita desplegar sensibilidades acerca de ello y reparar estigmas extendidos y prejuicios desarrollados.

De la experiencia laboral en el Centro 24 horas desempeñándome como T.S, en relación a ello se aprecian heterogeneidades discursivas claramente marcadas entre distintos usuarios del mismo, las cuales algunas aluden a la noción de utilidad-inutilidad. Abordando por ejemplo aspectos relativos al uso de principalmente celulares y otros dispositivos electrónicos por parte de los viejos, emergen expresiones tales como “eso es para los jóvenes, que tienen todo por delante y todo por aprender”, “yo soy de otra época, estoy grande para empezar a manejarme con estas cosas, a mí no me interesa cambiar ahora la forma de comunicarme, además no tengo a quien poder llamar”, “yo cuando tenía más contacto con mis hijas ellas intentaron explicarme como se usan los celulares estos, pero no sé hacerlo solo no hay forma...cuando quiero hablar con ellas le pido a algún compañero del Centro que me ayude o a alguien del equipo de trabajo“. En contrapartida otros usuarios del Centro expresan interés en distintos dispositivos “a mí me sirve para buscar actividades y también para entretenerme...puedo mirar películas y cosas que me interesen. También podría llamar si vuelvo más tarde al Centro y poder avisar“, “mi hija me regaló una tablet, me costó un poco aprender a usarla...es sencillo, ahora también la uso para hacer videos en algún festejo del Centro o en los paseos que tenemos“. “tuve un celular hace muchos años, era bastante más joven y además estaba en actividad...antes siento eran fáciles de usar, ahora son más complicados por los diferentes usos“.

A través de dichas expresiones, se ven reflejados distintos estigmas vinculados con la vejez. Se deja a entrever en muchos de estos discursos, autopercepciones ligadas a la imposibilidad de aprender sobre el uso y manejo de un celular por ejemplo, pero también aparecen implicancias relativas a cambios vinculares con el entorno familiar, al entretenimiento y uso del tiempo libre, al deterioro propio de la vejez y al edadismo.

Refiere Rovira (2024) que en el caso de las personas mayores, procesos discriminatorios como inherentes al trato desigual respecto a demás grupos etarios de la

sociedad, se despliegan a partir del ascenso de una racionalidad neoliberal magnificando la dimensión mercantil productiva del sujeto.

Los procesos de subjetivación de hombres y mujeres hipermodernos pasan por una trama de relaciones de poder ocasionada por los condicionantes sociohistóricos, determinando las posibilidades de lo que ellos son. Las formas de producción de la subjetividad no son universales ni atemporales, sino que se inscriben en condiciones sociales y culturales determinadas. Eira (1997) sostiene acerca de ello que la subjetividad implica necesariamente al colectivo, no aplicable a un sujeto particular. No se puede referir a mi o tal subjetividad sino a las formas de subjetividad en las que esa singularidad “yo” se inscribe”.

La incipiente matriz productiva, el consumismo, el mercado y demás elementos que forman parte de éste gran entramado conceptual, constituyen la corriente hegemónica que dilucidan la concepción que poseemos del ser humano en la actualidad. En palabras de Streeck (2017) el programa que conduce al individuo en este tipo característico de sociedad se rige “por un *ethos* neoliberal de automejora competitiva, el cultivo incansable del capital humano comercializable, la dedicación entusiasta al trabajo” (Streeck; 2017: 56).

El tiempo hipermoderno reclama el bienestar personal, el goce instantáneo, el disfrute corporal de carácter hiperindividual como propósito a alcanzar. Araújo y Cardozo (2016) hacen mención a que pareciera que los individuos de este contexto histórico presente somos víctimas y cómplices en simultáneo del goce narcisista, del hiperconsumo, de la cronocompetencia – aludiendo sobre la dimensión temporal en los procesos productivos-, del zapping del placer, de la autoexigencia laboral, internalizando de dicha forma el mandato productivista del poder y del capital.

Streeck alude a que las actuales relaciones vinculares entre los individuos se han redefinido como relaciones de consumo, siendo el estatus del sujeto en la sociedad correspondido en función de su estatus como consumidor en la economía. Destaca:

La vida social y la acumulación de capital durante el interregno poscapitalista dependen de que los individuos-consumidores se adhieran a una cultura de *hedonismo competitivo*. Para que la acumulación de capital se mantenga bajo el poscapitalismo, esa cultura debe hacer obligatorias la esperanza y las ensoñaciones, movilizar esperanzas y sueños para sostener la producción y fomentar el consumo. (Streeck, 2017, p.63)

La significación acerca del consumo se ha transformado, glorificando la novedad. Consumo y desecho; de bienes materiales, de necesidades aparentes, de ilusiones impuestas, de contratos temporales, de vínculos utilitarios. Consumo desenfrenado que necesariamente se encuentra ligado a la esfera productiva, mayormente despojado de sentidos, como si se diera para llenar ciertos vacíos que el individuo no puede tampoco precisar.

A decir de Bauman, pretendiendo caracterizar el tiempo presente que particulariza la relación intersubjetiva del ser, enmarcando los rasgos de una “modernidad líquida” donde el acontecimiento parece relegar en su contenido para priorizar su forma, sostiene que “la nueva instantaneidad del tiempo cambia radicalmente la modalidad de cohabitación humana –y especialmente la manera en que los humanos atienden sus asuntos colectivos, o bien la manera en que convierten (o no convierten) ciertos asuntos en temas colectivos-“ (Bauman, 2002 p.135). Dice el propio autor que el advenimiento de dicha instantaneidad, reflejada en la cultura del -aquí y ahora-, de lo inmediato, sitúa tanto a la ética como a la cultura humana en un territorio desconocido, en donde la inmensa mayoría de los hábitos, costumbres y rituales adquiridos han perdido toda utilidad y sentido. No es de extrañar entonces, que bajo este patrón productivista, en el cual la cultura del consumo se logra desplegar, se vean a su vez repercutidas las relaciones intergeneracionales, se trastoquen los vínculos hacia los viejos. Si cohabitamos un espacio en el cual el sujeto se define principalmente por su posibilidad de producir, no es llamativo que el lugar del viejo sea marginal. Al respecto destaca Rovira (2024)

(...) a partir del ascenso de una racionalidad neoliberal, y es importante restituir este contexto narrativo histórico, es ahí donde se produce su inteligibilidad actual y la construcción de la vejez como identidad subordinada a partir de la producción del homo economicus, ese sujeto que busca permanentemente valorizarse en una ontología rentable (Paltrinieri y Nicoli, 2017). (p 131)

Lemke (2011) aludiendo a los conceptos explicitados por Foucault acerca de las contingencias referidas al término de la biopolítica destaca; que el nacimiento de ésta se encuentra íntimamente ligado al surgimiento de las formas liberales de gobierno. Foucault concibe al liberalismo no como una teoría económica o como una ideología política sino como un arte para gobernar a los seres humanos. Acota a su vez que los conceptos liberales de autonomía y libertad están estrechamente conectados con las nociones biológicas de autorregulación y autopreservación. Es en el liberalismo y no antes, que surge la pregunta acerca de si los sujetos deben ser gobernados. Ello da lugar a la problematización sobre los procesos de subjetivación y formas político-morales de la existencia del sujeto.

El propio Lipovetsky (2006) describe este tiempo transicional de la hipermodernidad como exacerbación del tiempo moderno, en el cual todo se encuentra elevado a la potencia “hiper”: hipercapitalismo, hiperclase, hiperindividualismo, hipermercado, hipertexto. Lejos de tener una connotación de discontinuidad con la era moderna, se encuentra signada por el debilitamiento de las normas morales-tradicionales, destacando el culto de exaltación al denominado “tiempo presente”, bajo la premisa de un valor extremo al hedonismo individual.

La hipermodernidad estaría atravesada por Kheros, el tiempo del evento y la oportunidad. De la inmanencia, donde la vertiginosidad del pasaje del tiempo, la aparición de nuevas tecnologías (...) va transformando nuestras subjetividades. Hoy, esta hipermodernidad, que caracteriza al siglo XXI crea y recrea valores y hábitos con una vertiginosidad que impacta y genera al mismo tiempo una sensación de no abarcar, de no alcanzar nunca...Impone cambios en las relaciones intersubjetivas, sociales, genera nuevas contradicciones entre el capital y el trabajo (...) imparte modelos totalizantes, globalizados, sin demasiado tiempo para analizarlos o resistir. (Araújo e Yzaguirre, 2021, p.320)

Se configura un modelo social enormemente jerarquizado, en el cual el eslabón económico/productivo halla exclusiva centralidad y preponderancia, modelo societal capitalista, calando en toda sociedad política y jurídica originada y basada en una organización racional del trabajo, el dinero, de la utilidad y valor de cambio sobre los recursos de producción. En tanto adscribimos a los conceptos presentados, advertimos que si bien la representación que se tiene del sujeto, está directamente influenciada como reflexionamos por las lógicas que despliega el mercado y el sistema capitalista, no nos aventuramos a ser tan deterministas al negar ni dejar de imaginar la posibilidad de la existencia de otras posibles lógicas de producción y reproducción de éste.

Cabe entonces cuestionarse de qué forma ello podría ser posible, cuales son los márgenes de la acción individual y colectiva del sujeto para que le sea habilitado otra posibilidad de despliegue de su ser, acaso hay alternativa a la lógica reproductora capitalista...Streeck (2017) interroga al respecto

¿Quién va a exigir e imponer las reformas democráticas que, por ejemplo, pondrán fin e invertirán el crecimiento de la precariedad laboral; detendrán la privatizaciones y restaurarán unos servicios públicos equitativos...aumentarán la inversión pública social para conseguir posiciones de partida y oportunidades más igualitarias en el mercado de trabajo; controlarán las jornadas laborales; harán más transparente, menos oligárquica y menos peligrosa la producción y regulación del dinero? (p 230)

Sin dudas el accionar cotidiano refuerza y otorga sentido en forma permanente a dichas lógicas, las hace más firmes y las consolida todavía más; si bien reconocemos la posibilidad de una reproducción del sujeto a partir de otros condicionantes, nada parece hacerlo factible en una sociedad que cada día reclama más horas de trabajo, más años de trabajo, que nos hace ir en busca de lo que ilusoriamente deseamos. No dejar de imaginar otras alternativas, responde más al reconocimiento que el sujeto mediante su actuar siempre es capaz de modificar su realidad que a una esperanza fundada en que pueda llevarse a cabo. Cuando hablamos de producción lo hacemos en relación a otras formas de entender las procedencias que determinan también la noción que construimos acerca del individuo. Siguiendo a Han (2021) el cual sostiene:

El régimen neoliberal totaliza la producción. Por eso se someten a ella todos los ámbitos de la vida. La totalización de la producción conduce a la total profanación de la vida. La producción acapara incluso el reposo, degradándolo a tiempo libre, a pausa para hacer un descanso. (...) El capital no descansa. Conforme a su esencia tiene que trabajar constantemente y estar en movimiento. El hombre se asimila al capital en la medida en que pierde toda capacidad de reposo contemplativo. (p 61-62)

En concordancia con lo referido señala De Gaulejac (2013) en donde la preocupación se centra en la eficiencia y rentabilidad, la pérdida de tiempo resulta inconcebible, hay que ser siempre más eficaz y productivo. Se trata ya no solamente de hacer los cuerpos dóciles, sino de canalizar al máximo la energía libidinal para ser transformada en fuerza productiva. Es el mismo tiempo de descanso que queda atravesado también por dicha lógica productivista, es tiempo no aprovechado, no rentabilizado, no materializado. Cuál es el tiempo entonces para la vejez, si por un lado el viejo es asimilado a cierto déficit para producir, si por ello es relegado y no reconocido en su diferencia y por otro la pauta mercantil marca y demanda al sujeto que produzca en forma continua, se hace difícil avizorar un espacio para poder ser viejos, para encontrar un lugar que habitar desde la singularidad.

Acerca de ello y de forma paradójica, es algo que emerge en la realidad cotidiana de muchos de los usuarios del Centro 24 horas donde me desempeño laboralmente. El tiempo para éstos parece un continuo sin sobresaltos “ya no me da el cuerpo para hacer nada, antes si tenía algo de plata paseaba o andaba por ahí...a mí dame una radio y puedo estar todo el día con ella“. En relación a otros usuarios se observa una mera ocupación del tiempo para cubrir necesidades del cotidiano “yo salgo a hacer los mandados y si tengo que ir a levantar medicación o consulta médica...no me interesa hacer nada más“. Otro señala “quiero descansar, estuve casi toda mi vida ocupándome de tener que trabajar para sobrevivir“. Se

observa como característica saliente en dichos usuarios un desinterés por ocupar el tiempo, sin haber algo que motive la atención, que despierte el deseo y la satisfacción, como si ello no hubiese estado habilitado previamente.

Vejez ¿causa y/o determinación del proceso jubilatorio?

Problematizar sobre las representaciones de las vejeces en la actualidad y reflexionar en las implicancias que determinan al sujeto viejo hoy, supone detenernos en trayectorias vitales particulares. Considerando que éstas se sitúan en un contexto colectivo, recuperando los advenimientos históricos que la determinan. Es la sociedad toda la que elabora y reproduce una imagen acerca de la vejez, no siendo en ningún caso universalizable, ya que factores contextuales de índole político, legislativo, económico y social darán forma a su representación (Hollich, 2015).

La población envejecida -como cualquier otro grupo etario- no es homogénea, por lo que no es posible atribuir características propias y/o exclusivas a la vejez, en forma intrínseca y descriptiva de ésta; en ninguna de las dimensiones, ya sea en lo relativo a lo social/familiar – abandono-, en lo económico –improductividad-, en lo biológico –deterioro-, en lo cultural – inutilidad-. De ahí la impostergable necesidad de “recuperar” la trayectoria particular del viejo, a fin de evitar un determinismo conceptual acerca de la vejez, que favorece un reduccionismo estigmatizante y discriminativo. Ludi refiere a la vejez como

(...) una condición humana, como proceso de envejecimiento y momento de la vida de una persona, con sus limitaciones y posibilidades de adaptación activa ante los cambios que la posicionan en una situación diferente, nueva, desconocida; que lo sitúan en un espacio de tensión (...). Una construcción socio-cultural, sobredeterminada por dimensiones contextuales socio-económico-político-culturales que atraviesan la vida cotidiana; de allí que el envejecer sea un proceso particular y complejo, que comprende diferentes aspectos: físicos, biológicos, psicológicos, sociales y emocionales (...). (Ludi, 2005, p.25-32)

Sostenemos que la edad y sólo la edad no es condición suficiente para describir tanto a la vejez y el envejecer del sujeto, “(...) la edad no es una categoría per se, y las condiciones de vida van marcando diferentes trayectorias, así como la manera de envejecer” (Ludi; 2005: 41).

Se hacen cotidianas expresiones por parte de algunos de los usuarios del Centro 24 horas narrativas sumamente dispares; que dan cuenta de una historicidad propia como sujetos

particulares. A partir de ello es identificable como mediante sus relatos y discursos se desprenden no solo procesos individuales de transitar el envejecimiento sino también relativos al "habitar" sus vejez. Uno de los usuarios refiere "lo que hago cuando voy a visitar a mi familia, sobre todo los fines de semana, es ayudarlos con alguna cosa que precisen en la casa, algún arreglo o pintar algo. Toda mi vida trabajé en ese rubro, ahora no puedo hacer algunas cosas pero tampoco es que no sirva para nada". En tanto otro de ellos hace mención "que estemos viviendo acá es porque seguramente tengamos dificultades económicas o de salud o no tengamos quien nos cuide...pero no quiere decir que no podamos salir a la calle, que no podamos hacer las cosas básicas solos, o ir a donde queramos ir o tomar decisiones por nosotros mismos aunque nos hagan daño".

Subjetividad producida siempre bajo la trama múltiple de un colectivo social inscripto en un contexto histórico-social-cultural particular, pensar la integridad existencial del individuo, no puede hacerse de forma desprendida de la coyuntura socio-histórica que lo atraviesa en cada aspecto de su realidad. Individuo -en relación- es referir a la noción de sujeto "sujetado"; a estructuras sociales, condicionantes culturales, políticos y económicos, no es otra cosa que el sujeto construyéndose a sí mismo en colectivo. Foucault sostiene que la subjetividad es un pliegue del afuera en el <<adentro>>. Tomamos la noción de sujeto "sujetado" [sentido dado por Foucault (1996), como sujeto atado a las relaciones de poder, de significación y de producción que lo ocasionan, y de las cuales él no puede ser partícipe sin un previo desmontaje de las tecnologías que lo han producido: Estado moderno, discursos, prácticas ascéticas].

(...) la práctica de uno mismo se impone sobre un fondo de error, sobre un fondo de malos hábitos, sobre un fondo de deformaciones y de dependencias establecidas y solidificadas de las cuales es preciso desembarazarse (...) uno siempre está a tiempo de corregirse, incluso si no lo hizo en su época de juventud. (Foucault, 1996: 52)

Referimos entonces a un individuo "atado" a los condicionantes sociales -sometido y dependiente-, que le imponen un modelo protocolar de estructuración vital, como si habláramos de trayectorias vitales ya programadas. A decir de Rose (2012) hace ya largo tiempo que la vida biológica de los sujetos tiene a la vez un valor que es tanto económico como político, siendo ese valor una cuestión de Estado "su existencia vital se vuelve foco de gobierno, objeto de formas nuevas de autoridad y conocimiento especializado, campo intensamente catectizado de conocimiento, principio organizador de la ética y eje de una política vital" (Rose; 2012: 27).

Específicamente acerca de la vejez, se la enlaza con el retiro del ámbito productivo posicionando socialmente al viejo desde el punto de vista económico como pasivo e inútil. Bajo este señalamiento podemos retomar la caracterización expuesta anteriormente; vejez e inutilidad fruto del tiempo libre, no es otra cosa que “definir” la vejez a través de la carencia, de lo que ya no es, si no hay capacidad productiva pareciera no haber alternativa alguna, hacia allí debería dirigirse la mirada. A su vez implica como propone Gallo (2024) redefinir la noción de la categoría trabajo, sobre todo cuando se extienden estigmas en relación al envejecimiento y vejez, en donde las tareas del hogar y cuidados tengan su lugar como tal, repensándose así nociones de inactividad e improductividad referente a los viejos. “cuando se mide la totalidad del tiempo dedicado al trabajo en Uruguay, la mitad corresponde a TNR (50,1%). Además, mientras las mujeres destinan aproximadamente dos tercios de su tiempo a estas tareas y un tercio al mercado laboral, los varones lo hacen en proporciones inversas”. (Gallo, 2024, p. 7). Por su parte Fericgla (1992) destaca que:

En nuestra sociedad, y desde un punto de vista antropológico, el concepto de vejez, al margen de la relación directa con la edad cronobiológica o natural de cada individuo, está intrínsecamente determinado por el proceso de producción, por el consumo de determinadas tendencias, y también por los ritmos vitales impuestos por la industrialización. (p. 71-72)

Dicho marco contextual referenciado anteriormente, es imprescindible de ser atendido en el intento de comprender el “despliegue” de las formas de existencia características del sujeto hipermoderno. Subjetividad del hoy “aquí y ahora”, dista enormemente de la subjetividad construida/reproducida por el sujeto hasta no muchos años atrás. Problematizar las implicancias incipientes entre construcción de subjetividad y “exploración” del deseo, goce-placer y vinculación del sujeto hipermoderno, requiere de una minuciosa comprensión del pasaje transicional que experimenta la sociedad contemporánea que habitamos.

En estas sociedades, se sitúa la aparición de un nuevo individualismo, el narcisismo enmarca la emergencia de un perfil inédito del sujeto, tanto en sus relaciones con él mismo, con su cuerpo, con los demás y con el transcurso del tiempo. Resulta evidente que este perfil narcisista del individuo hipermoderno, se alimenta de factores absolutamente condicionantes, como es el culto al consumo de la sociedad capitalista en la que vivimos; la elaboración y construcción de la apariencia y del goce incondicional.

Cuando la relación está inspirada por las ganas, sigue la pauta del consumo y sólo requiere la destreza de un consumidor promedio, moderadamente experimentado. Al

igual que otros productos, la relación es para consumo inmediato y para uso único. Primordial y fundamentalmente, es descartable. (Bauman, 2015 p.28)

Sociedad Hipermoderna; cambio de rumbo histórico de los propósitos y modalidades de la socialización, en la cual el individualismo hedonista y personalizado se ha tornado legítimo y ya no encuentra oposición. El sujeto aspira cada vez más a un desapego emocional, poder tener relaciones con otros individuos sin ningún tipo de compromiso profundo, desarrollar la propia independencia afectiva, ese en definitiva sería el perfil de Narciso <<huida ante el sentimiento>>. Araújo y Cardozo (2016) sostienen

El hombre-instante, la mujer-instante se regodean con la vivencia de la intensidad buscando sensaciones fuertes que potencian su hedonismo y narcisismo. Sin embargo ante la caída de esta intensidad que es mayormente efímera, aparece el vacío y sinsentido, la huida de sí, la huida del otro, la soledad. (p.218)

Cabe preguntarse entonces ante tal promiscuidad seductora por la inmanencia, el sofocamiento por “quedarse o permanecer”, ¿qué espacio queda al devenir, al despliegue del sujeto? ¿Se deja lugar a la posibilidad de la trayectoria, de la trascendencia? Avizorar alternativas a ello puede ser posible a partir de vincular la reflexión desde la noción del envejecimiento, perspectiva que otorga continuidad al ser; (Sánchez, 2000) expresa “refiere a los cambios que ocurren a través del ciclo de la vida (...), el mismo se define como un proceso natural, gradual de cambios y transformaciones a nivel biológico, psicológico y social que ocurre a través del tiempo” (p.33). Las tres dimensiones identificadas en relación al envejecimiento se presentan de manera interdependiente a lo largo de toda la vida del individuo, incidiendo cada una de ellas sobre las otras. El mismo proceso de envejecimiento constituye una experiencia singular, concreta, “marcada” por las huellas de trayectorias de vida.

Es enriquecedor detenernos sobre algunas de las nociones expuestas relativas al goce, inmediatez, consumo; que priman como aspectos salientes en la expresión del sujeto hipermoderno, con las propias manifestaciones de los viejos y cómo ellos vivencian a partir de su experiencia el tiempo presente...”gasto mis pesos en lo que preciso, en lo básico... acá en el Centro me dan casi todo. Por mas que me alcance no tengo que desperdiciar la plata, que quede ahí por si pasa algo”. Otro manifiesta “cuando trabajaba tenía que cuidar mucho lo que cobraba, poder criar a mis hijos y que no les falte nada. Ahora tengo que hacer eso pero conmigo, me cuesta gastar la plata, tengo siempre esa sensación de que por ahí el día de mañana me pueda faltar algo y no tenga”

En nuestro contexto contemporáneo, asistimos a la simultaneidad en la cual tanto pasado como futuro son prescindibles, otorgándole sentido solamente al presente, significándolo, el -instante- como si nos eternizáramos en él. Bajo estos principios simbólicamente normativos es que no solo debemos problematizar la vejez en forma categorial, sino mas bien extender los mismos acerca del “pensar” al sujeto per se con un enclave que nos posicione desde la concepción de sujeto envejeciente. Aquel que niega las transformaciones del tiempo –interno y externo-, quien desconoce dichas implicancias en la construcción de su subjetividad, en la elaboración de su proceso identitario, se encuentra condenado a repetirse. Bauman (2002) “El “corto plazo” ha reemplazado al “largo plazo” y ha convertido la instantaneidad en ideal último. La modernidad fluida promueve al tiempo al rango de envase de capacidad infinita, pero a la vez disuelve, denigra y devalúa su duración” (p.134). Lo fugaz ejerce autoridad, lo novedoso reclama un nuevo producto, no por un patrón jerárquico en cuanto al contenido, sino más bien por el elemento crucial de los tiempos hipermodernos: lo novedoso, lo efímero, lo que en palabras de Bauman representa, la cultura del desapego, de la discontinuidad y del olvido. Cultura extendida e internalizada por el sujeto, que entra en contradicción con la noción de trascendencia, de continuidad, que atenta contra los pilares de la trayectoria vital. Desde aquí se hace fundamental conceptualizar la vejez, sobre todo al visualizar las vejezes de próximas generaciones sumamente distantes a las ocurrientes actualmente, donde las exacerbaciones referidas se hacen mas manifiestas, es también reivindicar una vejez acompañada a su tiempo.

En el plano más general, y social vivimos al << otro>> como un posible enemigo o, en el mejor de los casos como un posible competidor. La << lucha de lugares>> (Vincent de Gaulejac, 2002) no solo se evidencia en el mundo laboral, articulándose con la lucha de clases, sino que aparece también en el barrio, en la escuela, en la familia, en nuestra cotidianeidad. El otro es un riesgo...Un riesgo potencial...en el futuro. En el tiempo futuro. Vivimos en sociedades de riesgo. Sociedades de miedo. Miedo a los vínculos profundos. (...) las sociedades hipermodernas refuerzan el fetichismo del dinero, la sobrevaloración del instante-inmanencia la obsesión casi fóbica frente al pasaje del tiempo y al miedo a la vejez. (Araújo e Yzaguirre, 2021, p.323)

El sujeto, ante las características latentes de nuestra sociedad contemporánea vivencia una notable reestructuración psico-social para resistir en soledad. Destaca Araújo (2013) que el concepto de Hipermodernidad es pasible de ser articulado con la concepción expuesta por Bauman al evocar las sociedades líquidas, con las nociones presentadas por Beck de sociedades de riesgo, como así con los postulados acerca de las nuevas formas de la cultura del capitalismo financiero y del neo-liberalismo simbólico y real, desarrollado por Sennet.

Entonces, quizás, esta Hipermodernidad –del exceso y del hiperactivismo; de la fascinación por la velocidad y el mundo de la imagen; de la des-corporalización de los vínculos y des-territorialización del trabajo y el encuentro- inmersa en este movimiento inevitable del Universo, vaya abriendo fisuras que habiliten dudas y cuestionamientos. Nuevos intersticios de poder, saber y de deseos. (Araújo, 2013, p.30)

En la era del individualismo triunfante, de tiempos inciertos en sociedades líquidas, del empobrecimiento del espacio interior del sujeto, donde se verifica una exaltación suprema sobre el movimiento perpetuo –oficiando como mecanismo de defensa-, se hace imprescindible tomarse el tiempo de sentir el sufrimiento, de sentir el placer; no representa otra cosa que transformarse para adaptarse a los cambios, otorgarse posibilidad ante interrogantes que determinan al sujeto ¿de qué forma hacerse un lugar? ¿cómo lograr el reconocimiento? Tiene gusto a poco que continúe siendo únicamente en función de lo que impera y demanda la estructura socioeconómica; si pensamos y actuamos en concordancia respecto a la noción que el sujeto se configura meramente a partir de su labor económica, posibles espacios y lugares quedan obturados, ello en el mejor de los escenarios. Lo dramático recalará sobre una vejez cada vez mas postergada en el tiempo –transcurrir vital-, menos esperada y más demonizada.

El lugar conquistado por el Trabajo, alimenta la reproducción del modelo de subjetividad hiper-moderno

“Este modo de producción no debe considerarse solamente en el sentido de la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya un determinado modo de manifestar su vida (...). Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción”

Karl Marx

La Ideología Alemana

Destaca el propio autor, el sentido de riqueza de una nación radica cuando en vez de doce horas se trabajan seis...la riqueza no consiste en disponer de tiempo para generar plustrabajo, sino que la misma es tiempo disponible para cada individuo. A partir de la significación del modelo social imperante -de exaltación por la mercancía, por el valor, por el producto- sociedades en definitiva estructuradas bajo la égida del capital, que toma al sujeto como productor o en el mejor de los casos “potencial” productor, resulta imprescindible hacer

una pausa acerca de las representaciones que el trabajo adquiere en la trayectoria vital de todo individuo, Castel (1997) refiere

(...) el trabajo sigue siendo el fundamento principal de la ciudadanía, en tanto que ésta tiene, hasta que se demuestre lo contrario, una dimensión económica y una dimensión social. Decimos el trabajo, y principalmente el trabajo asalariado, que sin duda no es el único trabajo útil, pero que se ha convertido en su forma dominante. (p.456)

Nietzsche a través de la exposición de -Hombre Soberano-, representándolo como hombre de ocio, contrariamente asimilado con la hiperactividad reinante característica del tiempo actual, es posible de pensarlo en retrospectiva como crítica de un modelo cultural difundido de sujeto de lo que Chul Han denomina, sujeto de rendimiento. No en vano refería que al eliminarse todo elemento contemplativo de la vida humana, esta misma toma las riendas de una hiperactividad mortal. A decir de Castel (1997) trabajo representa una categoría no sólo de implicancias económicas sino también transversaliza aspectos de índole psicológico, cultural y simbólico retroalimentándose los unos a los otros. Será cuestión de situarnos en contextos hipermodernos; necesidades y deseos reelaborados o desconocidos, auto imposición de cargas y jornadas de trabajo que no se identifican a la satisfacción de aspectos básicos necesarios; quienes se benefician entonces a costas de una organización y estructuración sin límites de las prácticas laborales, resulta aún más perverso si la autoexigencia deriva en autoexplotación del sujeto por sí mismo. Es necesario recalcar qué lugar es posible para la vejez entonces, si lo anterior se perpetúa, se exagera, es difícil imaginar una representación de la vejez sin ser contrapuesta a la noción de pérdida.

Si en algún momento en las generaciones precedentes se presentaba al trabajo como inherente a la llamada jornada laboral estamos ahora en presencia de una fuerza tiránica que traspasa las fronteras del tiempo cronológico para llegar a abarcar todo el espacio psíquico. (Araújo e Yzaguirre, 2021, p.173-174)

Es posible esbozar cierta asimilación de ello, respecto al postulado Freudiano al referirse al trabajo como fundamental en la economía libidinal del sujeto “Ninguna otra técnica de orientación vital liga al individuo tan fuertemente a la realidad como la acentuación del trabajo, que por lo menos lo incorpora sólidamente a una parte de la realidad, a la comunidad humana” (Freud, 1988, p 35). Según el propio autor la posibilidad de “desplazar” hacia el trabajo y las distintas relaciones humanas con él vinculadas, una parte considerable de los componentes narcisistas, agresivos y eróticos de la libido, otorga a dichas actividades un valor que no queda relegada en importancia al que tienen como condiciones imprescindibles para mantener y justificar la existencia social.

En las representaciones vivenciales de los usuarios del Centro, acepciones referidas a ello no solo aparecen notoriamente sino que condicionan la expresión del sujeto envejecido en su devenir “trabajé casi toda mi vida, algunos años sin aportar a la caja jubilatoria...no sabes lo que estoy esperando que pasen estos 2 años para que me salga la jubilación...sin ingreso no tenemos independencia no podemos hacer nada, dependemos del otro en todo momento...es como si fuese un niño al que tiene que cuidar “. Otra usuaria al respecto menciona “trabajé hasta que pude...después me enfermé, mentalmente estoy imposibilitada desde hace muchos años para poder trabajar...es muy angustiante no tener un ingreso, poder comprarme algo que me de satisfacción...ya me han negado la pensión 2 veces...es muy difícil pasar a que piensen que una no sirve para nada ni que reconozcan de alguna manera los años de trabajo que tengo“.

Así, de esta forma, nos posicionamos bajo la consideración que el trabajo permea al sujeto no solamente en el momento vital en la cual lo desarrolla, sino que se inscribe como categoría fundamental y decisiva de toda su experiencia vital, ya sea inserto en el mercado desde el rol productor como desvinculado del mismo en enclave NO-productor (Hollich, 2015).

Araújo (2008) destaca que el trabajo se ubica en la intersección entre el “ser para el otro” y la significación de la propia existencia, el “ser para sí”, referido este a la identidad del sujeto, inmerso hoy en sociedades hipermodernas, signadas por lo que describe como lucha de lugares.

Hoy el capital lo somete todo. La persona humana queda reducida aquí al *customer value*, o al valor de mercado. Este concepto se basa en la intención de transformar a la persona entera, toda su vida, en valores puramente comerciales. El hipercapitalismo actual disuelve por completo la existencia humana en una red de relaciones comerciales. El hipercapitalismo convierte todas las relaciones humanas en relaciones comerciales. Despoja al hombre de su dignidad reemplazándola por completo por el valor de mercado. (Chul Han, 2017, p.117)

Paradoja que se impone en el interjuego capital/producción en el despliegue de subjetividades signadas por la categorización del “valor”; de intercambio, de mercado, de producción...mientras en un tiempo no tan lejano los hombres y mujeres soñaron por liberarse de la obligación de trabajar en exceso, en este tiempo hipermoderno la liberación pasa en primera instancia, por el culto y exacerbación del trabajo, aunque se nos vaya la vida en eso. En este marco el no-trabajo, genera nuevas situaciones de individuación; procesos de desestabilización psicológica –sobre el sujeto-, social –sobre la colectividad- como cultural, ocasiona nuevas patologías de la frustración, es reflejo de quiebres profundos en lo afectivo y

emocional. A decir de Chul Han (2015) “El dispositivo del trabajo lo abarca todo. De este modo, surge una sociedad del trabajo en la que todos son esclavos del trabajo, sociedad de la actividad. Todo tiene que ser trabajo. No hay ningún tiempo que no sea trabajo” (p.140).

En sociedades líquidas, caracterizadas por la promesa ilusoria de un progreso ilimitado, el soporte que le permitió al individuo reproducir su existencia y su sociabilidad ha sido fundamentalmente el trabajo, transformándose en un eje a partir del cual es posible analizar y comprender la trayectoria vital, hacerla compartida, siendo decisivo en la adscripción del sujeto al colectivo social.

A diferencia del sujeto de obediencia, el sujeto de rendimiento es libre, puesto que no está sometido a nadie. Su constitución psíquica está definida por el *poder*, no por el *deber*. Él debe ser el señor de sí mismo (...) el imperativo de rendimiento transforma la libertad en una coacción. En el lugar de la explotación ajena aparece la autoexplotación. El sujeto de rendimiento se explota a sí mismo hasta desmoronarse. La violencia se dirige a uno mismo. (Chul Han, 2016, p.135)

La lucha ya no radica en superar e imponerse sobre un “otro”, el sujeto de rendimiento compite contra sí mismo, sucumbe entonces a la compulsión destructiva de superarse a sí mismo. Dicha pretensión de querer vencerse a sí mismo, resulta así mortal. Como expresa el propio Chul Han, es nefasta la competencia que pretende superar la propia sombra. Esta permanente demanda enquistada hacia el sujeto, exigencia impuesta desde sí mismo, conduce a un vaciamiento del yo, sin alcanzar punto de reposo gratificante, el rendimiento suscita la exigencia de más y más rendimiento, hasta que el sujeto colapsa y se derrumba. Se mata a base de autorrealizarse, al impulso de la autoexigencia.

Las bases y pilares del sistema industrial lejos de modificarse parecen recrudecerse, incrementándose de forma notoria el deterioro expresado en el mundo productivo. Pensar y problematizar la vejez trasciende el mismo momento vital en el cual se manifiesta, interpela la construcción del sujeto a lo largo de todo su trayecto vital. (Hollich; 2015, p. 40)

Es imprescindible tener en consideración los atravesamientos culturales, sociales y simbólicos del individuo hasta llegar al momento vital en que éste se retira, abandona, se desvincula, se jubila, es expulsado -la denominación connota aspectos valorativos- del ámbito productivo, del mercado del capital económico.

¿Es posible redefinirse; desde qué lugar, en qué condiciones? Pensar estas nuevas implicancias para el viejo dejando a un lado dicha inserción a lo largo de su vida, sería al

menos injusto, desacertado y violento. Plantearse estas interrogantes al menos es un instante para hacer una “pausa” a nivel reflexivo y otorga posibilidad, apertura. Una vez retirado de la actividad productiva hay un horizonte. Lo paradójico es que al viejo se le reclama ahora si una atribución como protagonista principal de su actividad, de su proyecto o de simplemente como ocupar su tiempo. Lógica contradictoria a la imperante a lo largo de su recorrido vital, quizá pensando a partir de ello es que muchas veces encontremos el drama habitual de las vejeces acerca de qué hacer, cómo seguir, de qué manera sentirse pleno; no es algo que se origina en la vejez sino que es sedimento de un transcurrir singular. Redefinirse tiene lugar mientras el sujeto tenga expresión, cualquier posición negadora de ello es atentar contra la vejez como momento vital del viejo.

En la población de usuarios del Centro hay variadas expresiones sobre ello, que dan cuenta de diferentes características de cada uno de ellos, de sus diferentes posibilidades y situaciones en las que se encuentran –siendo factor relevante los cuidados que muchos requieren y el compromiso sobre la autonomía que presentan- “ahora que estoy jubilado como alguno de los compañeros del Centro tenemos que encontrar algo para hacer...nosotros armamos un grupito, alguno participa de alguna cosa y otros de lo que le interese, es libre...vamos a la feria, hacemos algún paseo...yo tengo y me ocupo de cuidar al gato o de cocinar en el día a día...no sé son cosas que nunca había hecho, empecé de grande digamos” otro de los usuarios refiere “ya no puedo hacer mucho, apenas puedo caminar...llega una edad en la que los dolores y molestias del cuerpo es por donde pasa tu vida...salgo del Centro los días que viene mi sobrino y me lleva al médico o a su casa de vez en cuando...participo de alguno de los talleres acá en el Centro, me gusta el cine y manualidades pero no puedo sostener mucho la atención”.

En el trayecto de la vida, sobre todo en un sistema capitalista de producción, el <<ser>> de la persona está representado con fuerza por el <<hacer>>, soy según lo que hago. En la cotidianidad la presentación que mayoritariamente damos está en función del trabajo. Cuando llega la jubilación, acontecimiento desencadenante actual de la etapa de vejez, se puede poner en riesgo una fragilidad identitaria (...). (Araújo e Yzaguirre 2021, p.355)

Viejo jubilado ¿agotado en su expresión jubilar?, el viejo se redefine una y tantas veces transitando su vejez

“El poeta no lamenta que esa tarde agradable ya haya quedado atrás, puesto que todo tiempo tiene su propio aroma. ¿Por qué debería lamentar que la tarde haya pasado? Al aroma de la tarde le sigue la fragancia del anochecer. Y la noche desprende su propio aroma. Estos aromas del tiempo no son narrativos, sino contemplativos. No se dividen en una sucesión. Más bien descansan en sí mismos”

Byung-Chul Han

El aroma del tiempo

El viejo reconfigurado bajo el estatuto de sujeto jubilado, encontrándose despojado en forma abrupta de su antiguo rol social desempeñado, viendo limitados los ámbitos de participación e inserción social en los cuales era posible reconocerse como individuo, encuentra así una ruptura con su cotidianeidad. Como bien expresa Rovira (2024)

Las personas mayores, a la vez que libran una lucha social por sostener derechos que parecían consagrados en el marco de la redistribución social, deben recorrer el camino del reconocimiento, convencer que tienen lugar en la sociedad, junto a otros grupos oprimidos. (p.73)

La desvinculación del mercado laboral categorizándolo como jubilado no deja de representar una pérdida, siendo la elaboración de la misma afrontada y asumida no sólo por éste sino que atañe a su seno familiar íntimo en su conjunto.

Partimos de la consideración que la condición de sujeto desvinculado de su actividad laboral trasciende el mero ámbito de producción -proveedor de ingresos- siendo que el “pasaje” y demarcación como jubilado con la carga peyorativa que ello acarrea, tiene fundamental incidencia en la estructuración de la vida cotidiana del sujeto envejeciente. Será decisivo detenernos en este punto, habilitar un “pensar” y redefinir sentires acerca de tradicionalismos rígidos que solapan una condena al sujeto que atraviesa este proceso de retiro. Es imprescindible revalorizar y resignificar el proceso jubilatorio, evitando la enmarcación dentro de la patologización y vivencia traumática por parte del sujeto, siendo nada más y nada menos que la aparición del sujeto desmarcado de la mera actividad productiva.

Lo sustancial en el afán de problematizar la sucesión de dichas transformaciones en la vejez, radica en no asociarlas en forma única y exclusiva a la dimensión cronológica y/o biológica del sujeto –emparentado a la perspectiva del ciclo vital- sino como hemos destacado,

tomarlas desde un enfoque que contemple al sujeto como envejeciente, en desarrollo, como conjunto de procesos diversos y en forma continua, intentando trascender la concepción sobre la vejez entendida como deficitaria. Enfatiza Rovira (2024) en que no solamente la mirada recurrente sobre la vejez desde la vulnerabilidad fortalece y refuerza el estigma con el envejecimiento, sino que enaltece su contracara como un proyecto activo y exitoso. Es preciso puntualizar en lo expuesto por Zarebski (1999) que más allá del desgaste y aún el deterioro orgánico, hay una dimensión imaginario-simbólica en el psiquismo humano que puede permanecer inalterable, e incluso fortalecerse con los avatares del paso del tiempo. El sujeto no es una estructura inmutable, su flujo energético como sujeto pro-activo mediante un trabajo de autopoiesis, produce la ocurrencia de algo novedoso, inesperado, de carácter no predecible, trascendiendo los factores que lo condicionan –con la particularidad de dicha ocurrencia durante el transcurso del curso vital todo-.

Destaca la propia autora, el sujeto envejeciente no es ni un organismo que se deteriora, ni un sujeto de deseos atemporales, ni un jubilado del sistema social, sino que es todo ello interrelacionado, y a la vez mucho más que eso, siendo estéril, reduccionista y nocivo emparentar distintas nociones a las categorías de patología y normalidad. En lo que atañe a la desvinculación del sujeto de ámbito de trabajo, el proceso vivenciado por el jubilado, ubicado socialmente desde el punto de vista económico como pasivo, inútil y NO productor, indudablemente pone en juego aspectos ligados íntimamente a su identidad, a sus implicancias yóicas.

Será fundamental el posicionamiento político en cuanto al contenido, espíritu y propósitos desde los cuales se piensen, elaboren y direccionen políticas legislativas y delimiten el marco regulatorio acerca de los procesos jubilatorios. El riesgo habitualmente suele recaer sobre la jerarquización de la vida de unos en función del disvalor sobre la de otros, estigma más que extendido sobre las vejeces. Agamben introduce el concepto en función del peligro que dicha jerarquización entraña:

No queda otra explicación que la de que bajo la apariencia de un problema humanitario, lo que en el programa estaba en juego era el ejercicio, en el horizonte de la nueva vocación biopolítica del Estado nacionalsocialista, del poder de decisión soberano sobre la nuda vida. La «vida digna de ser vivida» no es un concepto político referido a los legítimos deseos y expectativas del individuo: es, más bien, un concepto político en lo que se pone en cuestión es la metamorfosis extrema de la vida eliminable e insaclicable del *homo sacer*, en la que se funda el poder soberano. (Agamben, 1998, p.179)

Acerca de la vejez, el peligro pueda encontrar lugar en la consideración que al sujeto le sea arrebatada la posibilidad de su expresión individual, teniendo relevancia y prioridad únicamente aquellas vidas en función del valor biológico y productivo de la vida por encima del modo en que ésta es vivida. Expresa el autor, la desnudez de la vida no se refiere a una condición de la existencia. Es el resultado de una racionalidad que la ha hecho posible, que ha naturalizado la posibilidad de su sentido sacrificial. Lo desnudo es lo desnudado...son *nudas vidas* aquellas cuya fragilidad está expuesta a la muerte; en la vejez suele depositarse en lo respectivo a la pérdida de sentidos, de reelaboración subjetiva e identitaria, en el contexto hipermoderno del valor depositado sobre la capacidad de productor/consumista que posee el individuo.

(...) los modos, actos, y procesos singulares del vivir no son nunca simplemente hechos, sino siempre y sobre todo posibilidad de vivir, siempre y sobre todo potencia. Los comportamientos y las formas del vivir humano no son prescritos en ningún caso por una vocación biológica específica ni impuestos por una u otra necesidad; sino que, aunque sean habituales, repetidos y socialmente obligatorios, conservan en todo momento el carácter de una posibilidad, es decir, ponen siempre en juego el vivir mismo. (Agamben, 2001, p.14)

Sostienen algunos de los usuarios al respecto puntos disímiles “que ya no trabaje más formalmente no significa que no tenga que ocuparme de nada...a esta edad ocuparme de cosas simples es muy importante para no deteriorarse...lo vemos en el día a día. También me ocupo de cuidar el vínculo con mis hijas y una de mis hermanas, son lo más importante, ir a visitarlas, poder quedarme a pasar un fin de semana“. Otro de los usuarios aporta “mi deseo es poder irme a vivir con mi hija y mis nietos...ella está trabajando y tiene que cuidarlos pero yo estoy guardando mes a mes parte de mi jubilación y estamos haciendo una pieza en el fondo para que pueda irme más adelante...esa es nuestra idea, yo quiero estar con mi familia“. Otra de las usuarias en tanto menciona “yo con mi jubilación cubro lo básico y con el resto ayudo a mis hijos...yo quiero darles lo que pueda, a uno de ellos le pago los cursos porque está estudiando para entrenador“. En tanto otro de los usuarios anteponiendo su deterioro orgánico expresa “desde hace unos años fui perdiendo la capacidad de escuchar...eso me limita para todo, casi no puedo relacionarme acá en el Centro...soy un marginal. Solo mantengo contacto con mi ex pareja y mis hijos por mensaje o cuando vienen a visitarme acá. Estamos olvidados los viejos, es como si no sirviéramos para nada“

En síntesis, una vida de riqueza representacional y abierta a la complejidad, a la incertidumbre, a las fluctuaciones, al desorden y a pensamientos no-lineales, capaz de soportar frustraciones, desilusiones, cuestionamientos y autocuestionamientos, de

realizar un trabajo psíquico de anticipaciones y resignificaciones. Estas serán las condiciones psíquicas que se podrán ir construyendo en el curso de la vida como antidotos que harán soportables las adversidades a fin de no quebrarse. (Zarebski, 2016, p.7)

A decir de Neugarten (1972) al procurar comprender por qué razón un individuo acepta la jubilación y otros no logran internalizar los avatares del cambio, debemos abocarnos a estudiar en profundidad las formas en que los individuos mayores relacionan sus pasados con sus presentes, de qué forma reconcilian sus expectativas con la realidad. Representa una cuestión fundamental en relación al envejecer propio del sujeto, el “proyecto” de metamorfosis que se le plantea al Yo. Será de acuerdo a cómo juegue el narcisismo, que el sujeto podrá adoptar tal o cual posición frente a los desafíos inherentes a dicho proceso, en definitiva poder “soportar” los cambios en aspectos que hacen a la base estructural de la identidad; roles, sexualidad e imagen y relaciones vinculares.

La posibilidad de nuevas investiduras, de renovación del sentido, de cuestionar y cuestionarse, es lo que, en forma “natural” va marcando el devenir de aquellos que “saben envejecer”. Poder seguir creando es seguir poder diciendo: “me falta ser...”. En relación con esto, el dicho ya popular: “se envejece de acuerdo a cómo se vive”, remite entonces a la cuestión de cómo se posiciona el sujeto respecto a la castración. (Zarebski, 2005, p.145)

Si trazáramos una línea, ¿qué forma tendría en un recorrido desde nuestro nacimiento en adelante?

Cabe la reflexión acerca de la trillada interrogante sobre sí envejecemos en similares condiciones en las que hemos vivido. Por más añeja que resulte la misma, las consideraciones e implicancias se encuentran siempre vigentes, siempre presentes, reactualizándose en función del contexto epocal que atraviese al sujeto. Esconde en sí misma cierto posicionamiento acerca del sujeto envejeciente, desde nos paremos para poder problematizar la aparente insignificante cuestión, permitirá esbozar de cierta forma las nociones medulares sobre atravesamientos implícitos en la concepción de vejez.

Si bien adscribimos que ser viejo, no se circunscribe en forma excluyente al período transitado por el individuo en su adultez, sino que los imagos reflejan y otorgan continuidad a lo concebido a lo largo del trayecto vital sobre la misma; el peligro de caer en la simpleza reduccionista de comprender al envejecimiento tal y cual haya vivido el sujeto, puede radicar por un lado en anular y obturar al viejo –despojándolo de la posibilidad de reelaboración

identitaria- y por otro banalizar en sí mismo la cuestión sobre problematizar la manera de “como se ha vivido”. Reforzar dicha asociación en forma de causa-efecto podría emparentarse en mayor medida con la atribución de roles y funciones esperables en la vejez, coartar la alternativa de redefinición de un proyecto de vida, pudiendo reforzar determinados estigmas. El proceso mismo de envejecimiento irá acompañado del devenir histórico del sujeto, implicado...pero agotarlo en ello, situar a la vejez únicamente en retrospectiva sería negarla como tal, como posibilidad de expresión incierta.

Generalmente, el acercamiento desprejuiciado al viejo produce un efecto sorpresa, que indica que algo del orden de la depositación en él de lo siniestro está vacilando. Esta posibilidad de cuestionar nuestras certezas acerca de lo que suponemos que es un viejo, ya estaría indicándonos una mejor chance de un buen envejecer personal. Esto remite necesariamente al viejo de uno, lo cual implica toda la gama de identificaciones que sostienen al viejo que uno lleva adentro. Nuestras propias imágenes e historias de viejos enhebradas en conflictivas edípicas que sostienen la trama de un viejo deseo que la castración anuda. (Zarebski, 1999, p.176)

El meollo no se centra en la vejez, lo que se pone en juego se sitúa sobre el sentido que le hayamos ido dando al desenlace de toda nuestra vida. Que la vida en la vejez no adquiera ningún sentido o pierda el que haya tenido, podríamos pensar que tiene más que ver con toda una vida carente de sentido. En el curso del envejecimiento, se pone en jaque nuestra “completud”, desprendiéndose el sujeto de ciertos roles, funciones, imágenes –envolturas que oficiaban de revestimiento al sujeto- en cada momento específico de su trayectoria vital. Esto no implica necesariamente un derrumbe, en tanto hayamos podido tener presente desde el vamos que representaban imaginarios sustituibles.

A decir de Zarebski, esto se refiere a una operatoria inconsciente de simbolización, accediéndose en la elaboración de la castración. Son las “fallas” en la simbolización más que la propia vejez, lo que podría hacer que sea vivido como un derrumbe, enfatizándose sobre los aspectos habitualmente emparentados con el deterioro y declive funcional. Se encuentra latente en todo sujeto –principalmente en la edad adulta- un imago representacional de su llegar a viejo, la cual tendrá efectos formativos en su presente, pudiendo llegar a condicionar y pautar un modo de arribar a la vejez, punto desde el cual se resignificará el trayecto anterior, no es otra figuración de idas y vueltas que rebasa la noción de tiempo lineal cronológico.

Considerando estos conceptos es nuevamente que emergen discursos contrapuestos por parte de algunos de los usuarios del Centro 24 horas, avizorando por parte de algunos de ellos posibilidad futura, dando lugar a la redefinición y en otros predominando una estructura

más estanca del Yo. Expresa una de las usuarias “conocí a mi actual marido siendo vieja después de enviudar...él ustedes saben está viviendo en otro Centro también pero podría ser que nos vayamos juntos...a mí me gusta cuando nos vamos a quedar los fines de semana al hotel“. En tanto otro de los usuarios refiere “desde que no trabajé más fui perdiendo todo...el cuerpo no me dio mas y no me jubilé, tengo una pensión...fui entrando en un deterioro general, me alejé de mi familia...tampoco supe cómo llenar el tiempo, pasé a tener todo el día sin hacer nada, nunca hice nada más allá del trabajo y mi casa“.

Para que una vejez se torne siniestra se requiere además, en su gestación, un mundo representacional empobrecido y el achatamiento simbólico desde la cultura y el entorno. En un sujeto que se maneja toda su vida con un modo de pensamiento a predominio imaginario, sostenido en creencias primitivas no cuestionadas, con déficit en la simbolización de la falta y empobrecimiento de su capacidad reflexiva, en base a mecanismos de escisión y desmentida, será su psiquismo campo fértil para las concepciones prejuiciosas acerca del envejecer (...). (Zarebski, 2005, p.128-129)

Se tratará en definitiva, de trazar estrategias que destaquen “imágenes” de vejez despojada de la carencia, de la falta, evitando su patologización. No aludimos a cierta pretensión de vincular la vejez desde la normalidad, sino que lo relevante adquiere sentido en quitar el velo de lo patologizante, habilitar el poder resignificarla desde otro posicionamiento; por ejemplo desde la actividad –conteniendo un sinfín de implicancias sobre el sujeto envejeciente-. De esta manera, es que será posible acercarse ya desde edades más jóvenes a la configuración de una buena o “mejor” vejez, siendo relevante la confrontación ya desde adulto joven con una imagen de viejo, siendo trascendente que pueda reconocerse en continuidad con su ser actual, un semejante en el cual le resulte deseable transformarse, nada menos que integrar la vejez a la categoría de los ideales del yo.

Dichas representaciones, imagos y significaciones que permean a la vejez, que atraviesan al sujeto en todo momento del desarrollo humano, internalizadas en forma discontinua -no lineal- y no fijas a determinismos evolutivos; propiciando la adherencia de la vejez sobre el sujeto desde el transcurrir mismo de su trayecto vital desde etapas previas, demarca estas connotaciones bajo la perspectiva de curso de vida del acontecer del sujeto. El mismo “sustituye la metáfora utilizada por la Gerontología tradicional de ciclos, etapas o estaciones de la naturaleza por la noción de curso que posee una clara connotación de recorrido, apertura, continuidad, trayectoria e indeterminación”. (Bauman, 2008 apud Yuni, 2011 p.33).

El curso de vida en relación a la noción de ciclo “es menos regularizado, mucho menos estandarizado y se define por las experiencias de cada vida en forma singular y con un anclaje histórico más personal”. (Monk, 1994 apud Yuni, 2011 p.45). El propio autor señala, lo novedoso al hablarse de curso de vida, es justamente que éste puede ser considerado una teoría gerontológica, la cual integra los aspectos biopsicosociales del envejecimiento, abarcando las distintas dimensiones del transcurrir vital. Permite incorporar de esta forma, los efectos del paso del tiempo en el acontecer vital, destacando la continuidad de la identidad a través de los cambios. Refuerza la noción sobre los procesos de envejecimientos únicos, trayectorias, acontecimientos, bifurcaciones irrepetibles en cada biografía, conduciendo a entender las “vejeces” en forma particular. Se habilita, problematizar la vejez en tanto lo que el viejo fue, está siendo y a su vez construye, “como vemos, hablar del Curso de la Vida, es establecer una interrelación dinámica entre pasado, presente y futuro”. (Yuni, 2011, p. 56), otorgándose simultáneamente un sentido de anclaje, de pertenencia y de posibilidad.

A lo largo de todo el Curso Vital la tarea del Yo consistirá en inscribirse en su propia memoria a través del trabajo de Aligar la historia en el pasado/presente/futuro. Ligazón que supone que el Yo relea las versiones narradas por sí mismo; reelija selectivamente aquello que desea resignificar; y re-ligue el presente a un proyecto ideal al que se adscriba a partir de su adhesión. (Urbano y Yuni, 2016, p.75)

El sujeto a lo largo de su trayecto vital integra permanentemente experiencias vitales, cambios físicos, psicológicos y sociales, preservando un sentido de continuidad existencial. El proceso de constitución subjetiva no es definitivo, no cristalizándose en determinadas instancias del proceso evolutivo, estando presente en cada instancia del curso vital. Un buen envejecer podría revestir cierto desafío en dejar a un lado dicotomías absolutistas emparentadas al todo/nada entre la juventud y la vejez. Permitiéndose así el ejercicio de interpelar nociones sobre la adultez, la plenitud, el ser adulto de forma acabada, reflexión que podría colaborar sobre la prevención de un envejecer patológico.

Entonces, no se trata de “ahora no se puede nada” sino de “nunca se pudo todo”. Ahora “se puede distinto” y aquí se pone en juego la posibilidad de sustitución (que es una operación simbólica), de elaboración de nuevos ideales y aspiraciones, que conlleva la posibilidad de un cambio de las actitudes, ritmos y organización de la vida diaria que se requiere para prevenir caídas. (Zarebski, 1999, p.59)

La vejez no es aceptada, internalizada, cuando se le pretende imponer un comienzo, un punto de partida, atribuyéndosele un “quiebre” en la experiencia vital. Cuando se la asemeja al fin de las posibilidades, autoexpulsión de los ámbitos de la juventud –provoca rechazo y

abatimiento-. Resulta crucial tender líneas desde la vejez hacia toda la vida anterior, tomando conciencia sobre la importancia de la elaboración de los duelos –en sentido de pérdida de roles, funciones, vínculos, etc-, a fin de preservar una fortaleza psíquica que evite derrumbes de significado patológico. La cuestión pasaría, como señala Zarebski; por ir reconociendo desde “adentro” las marcas del paso del tiempo, para que su aparición “afuera” no nos sorprenda con horror. P. Aulagnier (como se cita en Zarebski, 2005) remarca lo imprescindible:

Transformar esos documentos fragmentarios (que guarda el yo de su pasado) en una construcción histórica que aporte al autor la sensación de una continuidad temporal. Solo con esta condición podrá anudar lo que es a lo que ha sido y proyectar al futuro un devenir que conjugue la posibilidad y el deseo de un cambio con la preservación de esa parte de cosa “propia” que le evite encontrar en su ser futuro la imagen de un desconocido, que imposibilitaría al que la mira investirla como la suya propia. (p. 164)

Solamente a través de este ejercicio estará posibilitada la realización de un trabajo desde edades jóvenes de auto-cuestionamiento –puesta en escena narcisista- que reforzará la dimensión simbólica y abrirá lugar a la creatividad, renovación de investiduras y del sentido de la vida. Estas ofician de condiciones, que darán cuenta de la flexibilidad psíquica para elaborar sentido de continuidad en la propia vida, contribuyendo en una elaboración gradual de envejecimiento. Problematizando ello, hacen hincapié Urbano y Yuni (2016), en el contexto de la cultura contemporánea, particulares procesos socio-históricos modifican sustancialmente la manera de nominar diferentes momentos del curso vital, a la vez que producen un desajuste en los roles sociales basados únicamente en parámetros de edad cronológica.

En la sociedad actual, las vicisitudes para devenir y sostenerse como sujeto –producto de la dialéctica de ser sujeto-sujetado-, han complejizado el trabajo psíquico en todas las edades. El proceso de subjetivación permea todo el arco de la vida, llevado a cabo en la medida en que el ser humano es/está sujeto a estructuras constitutivas de su Yo. Foucault (1990) explicita que su afán ha sido producir una historia acerca de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura, procurando adentrarse en los modos de objetivación que transforman al ser humano en sujeto. En este abordaje, destaca significativamente la objetivación del sujeto, en tanto Ser productivo, del sujeto que trabaja.

Sin duda, el objetivo principal hoy no es descubrir, sino rechazar lo que somos. No es preciso imaginar y construir lo que podríamos ser para desembarazarnos de esta especie de “doble coerción” política que es la individualización y la totalización simultáneas de las estructuras del poder moderno. Podría decirse, para concluir, que el problema, a la vez político, ético, social y filosófico, que se nos plantea hoy no es tratar

de liberar al individuo del Estado y sus instituciones, sino de liberarnos *nosotros* del Estado y del tipo de individualización que le es propio. Nos es preciso promover nuevas formas de subjetividad rechazando el tipo de individualidad que se nos ha impuesto durante siglos. (Foucault, 1990, p.24)

Las modificaciones biológicas y sociales del envejecer tensionan la economía libidinal del sujeto que subyace a su actividad laboral, llevando a hacer replanteos permanentes sobre la identidad; en referencia a objetivos, metas e ideales. Desentrañar las implicancias del desarrollo evolutivo desde el atravesamiento de la noción de curso de vida; enfatizando sobre los procesos de constitución y reconfiguración de la subjetividad, identidad, capacidades y funciones psíquicas como así del sentido existencial del sujeto, permite ir más allá de lo meramente orgánico sobre el envejecimiento. No podemos obviarlo –está siempre presente-, pero no suficiente para propiciar procesos de crecimiento, maduración y desarrollo. Urbano y Yuni (2016) hacen mención que desde la misma constitución como sujeto, el Yo debe emprender un trabajo inacabado para adquirir logros evolutivos, los cuales están basados en la estrecha interrelación de lo orgánico, lo psicológico, lo emocional y lo vincular.

El desafío entendemos abarca “romper” con los modelos organicistas y mecanicistas para explicar y describir el envejecimiento. La complejidad del entramado emocional, en su interrelación con las demás dimensiones hace que se suela prescindir de ella. Zarebski se interroga ¿llegará el día en que entendamos que también hay una reserva corporal y una reserva emocional? Solamente incluyendo a lo emocional en forma integrado a lo cognitivo, corporal y vincular nos será posible conservar y afianzar lo mejor de lo humano en el envejecer. Aspectos propios y específicos a cada sujeto que guardan anclaje con su trayectoria particular, contextual, muchas veces dañadas y vapuleadas por las circunstancias y atravesamientos vivenciados. Tiene lugar no solo la consideración en cuanto a la influencia de dichas “reservas” al pensarse el envejecimiento, sino también detenerse sobre las condiciones en que están presentes. No es otra cosa que aludir a los conceptos de interrelación y continuidad, Rose (2012) destaca las continuidades como el cambio que necesariamente las subyacen:

Tal cartografía no procuraría desestabilizar el presente señalando su contingencia, sino desestabilizar el futuro reconociendo su cualidad de abierto. Es decir, al mostrar que no hay un único futuro inscripto en nuestro presente, podría fortalecer nuestras capacidades, en parte gracias al pensamiento mismo, para intervenir en el presente y, por tanto, definir algún aspecto del futuro en el que podríamos quizás habitar... Tal como ocurre en relación con el presente, nuestro futuro nacerá de la intersección de una cantidad de senderos contingentes que podrían dar lugar a algo nuevo al entrecruzarse (p. 28)

¿El sentir hacia nuestra vejez, refleja nuestro pensar acerca de ella?

“No creo que sea necesario saber exactamente lo que soy. En la vida y en el trabajo lo más interesante es convertirse en algo que no se era al principio. Si se supiera al empezar un libro lo que se iba a decir al final, ¿cree usted que se tendría el valor para escribirlo? Lo que es verdad de la escritura y de la relación amorosa también es verdad de la vida. El juego merece la pena en la medida en que no se sabe cómo va a terminar”

Michel Foucault

Tecnologías del yo y otros textos afines

Investir la concepción de tiempo futuro y re-fundar la idea de proyecto para el viejo, es concurrente a la aprehensión de la vejez a partir de que cada sujeto presenta un recorrido vital único, con motivaciones, expectativas y condiciones de existencia particulares. El viejo partiendo de su desvinculación laboral debe procurar configurar un nuevo escenario.

Lo que me asusta del humanismo es que presenta cierta forma de nuestra ética como modelo universal para cualquier tipo de libertad. Me parece que hay más secretos, más libertades posibles y más invenciones en nuestro futuro de lo que podemos imaginar en el humanismo, tal y como está representado dogmáticamente de cada lado del abanico político. (Foucault, 1990, p.150)

Resulta posible apreciar cierta interdependencia entre los postulados del curso de vida con la noción de proyecto, instancia que anclada en el pasado, vuelca al sujeto hacia el presente y no obtura la posibilidad futura de expresión singular. Rovira (2024) sostiene que el individuo tiende a invertir aquellos objetos sociales, culturales como establecer tramas vinculares dando cuenta de determinada producción de sentido asociado a la felicidad, conceptualizándose por lo general la vejez en detrimento de ello.

La cuestión, para que el aparato psíquico continúe funcionando, será que la libido siga circulando, que pueda estar desplegada sobre distintos aspectos o dimensiones, para de esta forma poder afrontar las ausencias; en palabras de Zarebski (1999) para poder ir desplazando, haciendo metáfora, simbolizando, catectizando. El Yo se encuentra lanzado a recrearse a sí mismo como un proyecto inconcluso. Elabora, reelabora y reinventa en el curso de su temporalidad los sentidos de su trascendencia –sostiene lo ilusionante de seguir siendo-. Se renueva de esta forma el trabajo psíquico de ensanchar los límites de la representación.

En la vejez, continuar ligado a un compromiso vital tendrá posibilidad en tanto el Yo psicossocial da paso al Yo existencial que puede asignarle a la vida un nuevo sentido. La

experiencia consciente y de carácter autorreflexiva en la vejez, no libera al sujeto de permanecer realizando un trabajo psíquico para seguir reelaborándose identitariamente, como así enfrentar sentires que pudiesen surgir respecto a una posible autonomía debilitada e iniciativa abandonada. Es a partir de ello, que podemos referir a la identidad del sujeto dando cuenta de los distintos aconteceres subjetivos del ser/siendo. No puede pensarse en forma alguna como un producto estático, en cada nueva re-configuración identitaria el sujeto va renovando y reactualizando su Yo, cuyo trabajo radica en sostener un sentimiento de integridad y continuidad. P. Aulagnier (como se cita en Zarebski, 2005) alude a ello de tal manera:

Un aporte significativo en lo referente a la construcción de la propia identidad es el de proyecto identificador, que hace referencia a la auto-construcción continua del yo por el yo, necesaria para que esta instancia pueda proyectarse en un movimiento temporal. Renunciando a atributos de certeza, enuncia un predicado posible, lo que espera devenir. La función que especifica al Yo, es posibilitar una conjugación del tiempo futuro compatible con la de un tiempo pasado. (p. 61-62)

El acceso al proyecto identificador da cuenta que el sujeto ha podido superar la prueba que lo hace renunciar al conjunto de objetos que en otras instancias de su vida han representado sus soportes. El Yo está en proceso permanente, en proceso identificador. No solamente es actualidad, sino trabajo; de elaboración, de duelo, de apropiación. Historizar el tiempo vivido es condición necesaria para investir el tiempo futuro. “El Yo es el dispositivo en donde se opera el acto de religazón y resignificación identitaria, que permite al sujeto re- visar, re-ubicar y re-signar los baluartes narcisistas sobre los que se asienta su sentimiento de valía, su percepción de autoeficacia” (Urbano y Yuni, 2016, p. 228).

Destaca en forma recurrente una de las usuarias del Centro 24 horas ”lo que necesito es poder encontrar espacios de socialización con personas parecidas a mí. Cuando estaba viviendo en Maldonado iba a la UNI 3. Los talleres de manualidades y cine me aburren, a mí me gusta seguir aprendiendo”. Si bien en el colectivo de usuarios del Centro aparecen discursos de ese estilo, priman en su mayoría aquellos que a simple vista aparentan tener vedada dicha resignificación, tales como “trabajé desde muy temprano en mi vida, siempre fue mi prioridad y necesidad...no me gusta nada en particular...solamente vivo...”, “estuve más de 35 años trabajando en el transporte llegaba a hacer 12 horas al día...me jubilé y empeoraron mis problemas, no supe qué hacer con tanto tiempo libre”, “es difícil poder armarse cuando llegas a cierta edad, cuando trabajaba tenía un grupo social, fui perdiendo todo eso...también mis hijas crecieron y tienen sus responsabilidades, familia...cuando sos mas joven no lo ves venir, no sé o por ahí no lo querés aceptar“

Darle continuidad a la tarea de hacerse humano en la vejez, dependerá entonces en parte de la riqueza del mundo a-funcional del sujeto envejeciente, capacidad recreadora. Riqueza que posibilitará seguir siendo permeable y lúcido respecto a sus deseos, poder cuestionar el imaginario social:

Si somos capaces de cuestionar en nosotros mismos la imagen con que nos figuramos a los viejos, y ponemos a jugar nuestra imaginación radical con la de ellos para idear maneras de seguir creando sentido, estaremos recreando nuestras propias significaciones, transformando nuestro mundo humano a partir de lo que la vejez nos anticipa. (Zarebski, 1999, p. 39)

Durante la vejez el proceso identitario se ve interpelado, más que la pregunta de carácter existencial de quién soy, suele hallarse en el viejo la interrogante de cuál es la función y posición en la estructura de la comunidad. De la calidad en la respuesta, en gran medida estará en juego la posibilidad en que el Yo resignifique su proyecto para sí y reconfigure sus acciones respecto del otro. “el ajuste psicosocial a la jubilación depende de la satisfacción y el bienestar con otros dominios de la vida, como las actividades de ocio, la autopercepción en salud y el sentimiento de felicidad en general”. (Quiroz et al, 2015 apud Gallo y Nuñez, 2024 p.11). Es dable suponer que la satisfacción con la situación de retiro no se vincula ni agota con el retiro en sí, sino que cobran enorme importancia los sentimientos que el viejo desarrolla en torno a otros dominios de la vida. Las autoras hacen mención a cierta diferenciación por género en como varones y mujeres transitan la situación del retiro, haciéndolo los primeros con mayores niveles de insatisfacción; pudiendo experimentar sensación de vacío, pérdida de espacios de socialización e ingresos económicos. Ello se vincula a su vez a la marcada división sexual del trabajo que permea y atenúa la marcada brecha de género a lo largo de la vida de los sujetos, condicionando las experiencias particulares que hacen a la transición jubilatoria.

Foucault (1990) dando cuenta de las relaciones que el sujeto desarrolla consigo mismo, favoreciendo cierto espacio de producción, procurando en definitiva comprenderse a sí mismo; hace alusión a las tecnologías del yo, las cuales permiten a los individuos efectuar operaciones sobre su cuerpo, pensamientos y conductas –o cualquier expresión de su ser-, obteniendo de esta forma una transformación de sí mismo. Al igual que las demás formas de tecnologías expuestas, las del yo también se encuentran asociadas a determinado modo de dominación –autoimposiciones-, entramado yoico en el cual el poder se inmiscuye simbólicamente, replegándose sobre el sujeto, dispositivo novedoso de legislar y reglar sobre los cuerpos; culpa?, renuncia?, obediencia? Dispositivo que da cuenta de relaciones de poder entre los sujetos y las instituciones, lo jurídico-normativo, lo cultural.

Anteriormente veíamos como el actual sistema de producción, desenfrenado y volátil conduce al sujeto a la autoexplotación, a violentarse en primera instancia sobre sí, a la competencia consigo mismo. La dominación no revierte así un carácter externo, ajeno e impuesto, sino más bien se emparenta con la idealización que el propio sujeto inviste.

El Yo puede realizar un trabajo orientado a hacer efectiva la invención de lo posible y otorgarse la posibilidad de proyectarse en la ilusión de un por-venir. Desde esta perspectiva, no es posible dissociar la fantasía creativa de los procesos cognitivos implicados en los procesos de simbolización y re-presentación que realiza el Yo respecto a sí mismo. El Yo se re-crea a sí mismo como producto de sus inter-acciones e inter-cambios con los otros (...). (Urbano y Yuni, 2016, p.75)

Será imprescindible tener en consideración dichos atravesamientos si pretendemos desentrañar en forma íntegra el proceso jubilatorio –actualmente en discusión/revisión- posicionándonos desde la significación del viejo como sujeto deseante e indestructibilidad del deseo. No parece actualmente estar escuchándose a los actores directamente involucrados y más próximos a vivenciar dicho proceso, jubilación que es reglada únicamente desde el entendimiento sobre el abandono de las actividades de producción, no parece habilitarse lugar a la condición deseante, a lo identificatorio, a la reelaboración proyectiva. Seguirá perpetuándose de esta forma la consideración sobre la vejez desde la improductividad, la carga y/o pasividad. Todo conduce a pensar que una reforma jubilatoria que únicamente se diagrama en extender los plazos estipulados para desempeñar tareas laborales, solapará cierta posición y reforzará dicha carga valorativa sobre la vejez.

De las vejeces vividas, ahora tampoco homogéneas...dónde queda entonces el género

“En realidad, sabemos poco acerca de la vivencia de las mujeres de su propia jubilación y muy poco sobre su vida a partir del momento en que lo hace su pareja, que para muchas de ellas puede suponer una invasión e incluso la pérdida de un espacio que hasta el momento vivían como propio”

Freixas

Tan frescas: las nuevas mujeres mayores del siglo XXI

Tanto la construcción de la vejez en cuanto categoría como la heterogeneidad de su expresión en el sujeto envejecido, se encuentra íntimamente ligada con otras dimensiones que interceptan dichas elaboraciones y representaciones acerca de lo que conlleva ser viejo; el género como perspectiva común permite vincularlas. Dicha dimensión, ordena y moldea la cultura, define concepciones sobre las políticas públicas y juega un rol sobresaliente acerca de los procesos performativos subjetivantes. A partir de esta perspectiva, ser vieja mujer o viejo varón responde a procesos sociales en los cuales operan estructuras de desigualdad, que si bien pueden avizorarse escasos cambios en el período más reciente, continúan perpetuando patrones desiguales entre lo que representa ser mujer o varón desde momentos previos a la vejez del individuo. Como expone Hill Collins (2000) acerca la subordinación existente:

Las bases de las opresiones que se intersectan se fundan en conceptos interdependientes de pensamiento binario, diferencia oposicional, cosificación y jerarquía social. Con dominación basada en la diferencia, formando una trama fija para todo este sistema de pensamiento, estos conceptos, invariablemente implican relaciones de superioridad e inferioridad, lazos jerárquicos que se enredan con políticas económicas de raza, género y opresión de clase. (p 71)

El proceso de envejecimiento afecta de forma diferente a mujeres y varones, siendo las primeras mayormente vulnerables, contando por lo general con menos recursos económicos, apoyos familiares y teniendo la carga de mayores labores en torno a cuidados y trabajo al interior del hogar. Se hacen notorias de esta forma, diferencias simbólicas entre unos y otros en torno a dicha categoría. Destaca la autora, la dominación implica siempre intentos cosificación hacia el grupo subordinado, quedando relegado el derecho que tiene el sujeto de definir su propia realidad, establecer su propia identidad, describir su propia historia...”la intersección de opresiones de raza, clase, género y sexualidad no podrían continuar sin justificaciones ideológicas poderosas para que existan” (Hill Collins, 2000, p 69).

A raíz de trayectorias disímiles respecto a cuidados a lo largo de la vida de mujeres y varones, se evidencia la presencia de marcadas brechas de género en las vejez; principalmente respecto a la dimensión económica sobre los ingresos, pero también sobre la salud, la participación en espacios de socialización, como sobre lo que se espera en cuanto a roles desempeñados con los vínculos familiares. Sostiene la autora referida, como parte de una ideología generalizada de dominación, las imágenes estereotipadas sobre la femineidad han tomado un significado especial “estas imágenes de control están diseñadas con la finalidad que racismo, sexismo, pobreza y otras formas de injusticia social parezcan ser naturales y aspectos normales e inevitables de la vida cotidiana” (Hill Collins, 2000, p 69).

Acerca de la calidad de vida de las mujeres viejas, ocurren distintos tipos de discriminaciones, violaciones de derechos (persistentes a lo largo de sus trayectorias de vida) que se vincula con la posición desventajosa de la mujer en la sociedad y con una pobre respuesta por parte de la política pública y social. La salida del mercado laboral formal y los procesos inherentes a la transición jubilatoria, son fenómenos vividos de manera diferente por varones y mujeres, quienes se encuentran en una posición de mayor dependencia respecto a la asistencia a través de pensiones y beneficios de la política social.

Así, el hecho de que las mujeres tengan carreras laborales diferentes a las de los varones, en razón de ser las principales cuidadoras y realizadoras de trabajo doméstico, afecta su autonomía económica al final de la vida, fenómeno que se presenta con mayor dureza para las mujeres que pertenecen a hogares pobres. (Aguirre & Scavino, 2018, p.115)

Destacan las autoras, que el trabajo no remunerado muestra un punto de intersección en el que tanto el trabajo femenino como el llevado a cabo por las personas envejecidas se muestran invisibles y carentes de valor en nuestra sociedad. Dicha desigualdad se articula principalmente con disparidades de clase, siendo la mujer pobre la que aporta mayor cantidad de trabajo no pago. Es a través de esta mirada, es que resulta más justo comprender como conviven distintas formas de envejecer, signadas por posicionamientos sociales jerarquizados. De Beauvoir (2012) señalaba una doble invisibilización de las mujeres mayores por ser viejas y por ser mujeres, siendo sus aportes a la economía doblemente invisibles; al no recibir el trabajo de cuidados que realizan la misma atención que el realizado por parte de otras mujeres en otros momentos del curso vital.

Crenshaw aborda específicamente la situación de la mujer de color, desarrollando un marco teórico-analítico argumental en cuanto a la posición oprimida de ésta en los sistemas de

subordinación social, a través del empleo del término interseccionalidad. El mismo es posible de extenderse para comprender las vejez; en clave de género, clase social y otras categorías de análisis que posibiliten visibilizar desigualdades, brechas y vulneraciones y violencias simbólicas padecidas por la mujer vieja...recrudescido sobre la mujer vieja y pobre, que en muchos casos carece de autonomía económica. Destaca que el hecho que las mujeres pertenecientes a grupos minoritarios sufran los efectos de múltiples subordinaciones, modelan y limitan sus oportunidades. La interseccionalidad puede ofrecer los medios y herramientas para enfrentarnos a su vez con otras marginaciones.

Sin embargo, decir que una categoría como la raza o el género son socialmente construidas no significa que esa categoría no tenga un significado en nuestro mundo. Al contrario, las personas subordinadas han puesto en marcha un proyecto que consiste en analizar cómo el poder ha agrupado a las personas alrededor de ciertas categorías y cómo se usa contra otras. Este proyecto trata de desvelar el proceso de subordinación. El problema más urgente, no es la existencia de las categorías, sino los valores concretos con los que las asociamos, cómo estos valores promueven y crean jerarquías sociales. (Crenshaw, 1991, s/n)

El proceso mismo de categorización representa en sí mismo un ejercicio de poder, reflexionar sobre las vejez y sobre las distintas transiciones que pautan los procesos de envejecimiento debe ser impulso para pensar y repensar las políticas públicas; para que las personas mayores puedan gozar de un real ejercicio de los derechos ya consagrados.

Identidad y vejez, resignificación simbólica en escena, mediatizadas a partir del concepto de intersección puede hacer que sea más fácil comprender la necesidad que supone cuestionar lo que el sujeto es. Interroga Crenshaw, ¿cualquier afirmación sobre la identidad ha de reconocer cómo se construye a través de las intersecciones de múltiples dimensiones?

Reconocer que las políticas identitarias suceden en un espacio en el que las categorías intersectan parece más fructífero que la posibilidad misma de llegar a hablar de las categorías en sí. A través de una conciencia interseccional, podemos encontrar y reconocer mejor la base de las diferencias existentes entre la gente y negociar cómo se expresan estas diferencias cuando se construyen políticas grupales. (Crenshaw, 1991, s/n)

La permanencia de la desigualdad de género en el sistema de previsión social, se articula con la ausencia en la solución para los cuidados. Afectando las tensiones familiares las trayectorias laborales de las mujeres, división sexual del trabajo que las confina en mayor medida que a los varones en tareas del hogar y de cuidados a lo largo de todo el curso de vida. La vejez para reproducir simplemente roles de género ya establecidos y consolidados.

Vejez activa creadora de sentidos, trascendiendo las dimensiones biológica y cronológica

El abordaje de la cuestión del envejecer se torna una tarea de suma complejidad, ya que aparecen notorios contrastes entre distintas representaciones sociales sobre éste, que suelen connotar distintos intereses acerca del mismo. Identificamos diversas propuestas que ponen el foco en tecnologías que dedican su búsqueda a prolongar o pretender rejuvenecer la vida. Otras por su parte niegan o disfrazan la vejez, casi todas pretendiendo alargar la llegada de una imagen que les devuelve decadencia, deterioro y/o declive. Transgresoras parecen ser las propuestas sustentadas en esbozar otra noción de vejez basada en otros parámetros de belleza, de productividad, de utilidad; diferentes a los que hegemonizan y atraviesan el sistema capitalista de producción y reproducción en el que vivimos y nos construimos. Sistema que paradójicamente estandariza y nivela al sujeto desde su modo de ser y por otro lado desconoce y hace omisión de las desigualdades que le son propias.

De lo expresado nos planteamos distintas interrogantes ¿sí en algún momento nos sentimos viejos, nos reconocemos en esa imagen?, ¿en qué condiciones materiales y simbólicas envejecemos?, ¿cómo ser partícipe activo de la reelaboración identitaria despojando del rol productor en el proceso jubilatorio?

Rose (2012) emparenta la sociedad actual con lo que denomina era de la susceptibilidad, en la cual inevitablemente se modifican y conforman nuevas formas de vida del individuo, nuevas subjetivaciones tanto individuales como colectivas y por tanto novedosas extensiones de poder que ejerce el conocimiento especializado. Advierte acerca de las nuevas ideas en torno al fin de la vida, de los nuevos sentidos de propiedad del cuerpo, bajo estos preceptos señala que resulta difícil imaginar un Yo que no pueda modificarse de ese modo. Se trata de una suerte de pasaje de la normalización a la personalización.

Las nuevas tecnologías, pues, no se limitan a tratar de curar el daño o la enfermedad orgánicos, tampoco a mejorar la salud, sino que cambian aquello en lo que consiste ser un organismo biológico haciendo posible refigurar los procesos vitales mismos con el fin de maximizar su funcionamiento y mejorar sus resultados. Su característica fundamental es su visión de futuro: estas tecnologías de la vida buscan redefinir el futuro vital actuando en el presente vital. (Rose, 2012, p.50)

Recientemente, el envejecimiento activo se ha ido instalando como una de las mejores alternativas posibles al desafío del envejecimiento, destacando beneficios sobre aspectos del físico, mental, sexual y social entre otros. El desarrollo del entendimiento del envejecimiento

como activo; transforma enormemente la vejez pasando de ser un periodo de pasividad y dependencia a constituir una fase prolongada de actividad e independencia. El principal peligro es entonces a decir de Lassen y Moreira (2014) que puede deshacer y/o desconocer la vejez al erradicar las características que normalmente se asocian con ella. Tanto la teoría de la desvinculación; cuya crítica más notoria radica en la atribución a su postulado que sostiene que a medida que los sujetos envejecen pierden sensiblemente interés por las actividades y vínculos que los rodean, retrayéndose sobre sí mismos; como la teoría de la actividad, sosteniendo que las personas deben mantenerse siempre con actividades, cuya finalidad no es más que hacer algo por oposición a un estado de pasividad, refuerzan estigmas y homogeniza la demarcación de la vejez.

Ambas teorías, aunque parecen contrapuestas, representan dos aspectos distintos de una misma concepción prejuiciosa de vejez, pues en ambas el viejo es despojado de su condición de sujeto deseante y de deseo, incapaz de devenir, al decir de Castoriadis, un ser reflexivo. El anciano es pensado como una sucesión de pérdidas y duelos, y el temor subyacente (¿de los técnicos?) es que si se detiene a reflexionar, a pensarse, se angustia. (Pérez, 2011, p.283).

Resulta interesante al escuchar distintos discursos de los usuarios del Centro 24 horas como subyace en éstos de alguna manera la referencia a los conceptos de ambas teorías. Encontramos extendida –socialmente- la consideración que el viejo tiene y debe mantenerse en actividad, en movimiento; más allá de sus intereses y/o capacidades, manteniéndose dicha consideración en que redundará positivamente sobre su salud. Queda obturada habitualmente la condición de sujeto deseante en el viejo. Diferentes voces pueden hacernos reflexionar sobre la forma en que problematizamos los procesos de envejecimiento en su dualidad actividad-desvinculación. “lo que aprendí en estos últimos años que me fui poniendo más vieja es que hay que cuidar lo que te hace bien...sea lo que sea”, “a veces la gente piensa que no hacer nada es porque somos viejos...por ahí la persona fue así toda su vida y no es por ser viejo...pero como antes trabajaba no se notaba...el trabajo es muy importante”, “ hay mucha discriminación por la edad, porque ya no trabajamos la gente piensa que no hacemos nada o que no tenemos nada para hacer...entonces una queda al margen de un montón de espacios”.

El advenimiento de la jubilación en el viejo no implica per se la el cese del crecimiento humano y social. En esta etapa se mantiene la capacidad para crear o sobreponerse a experiencias adversas provenientes de los distintos ámbitos que le rodean; la salud, lo social y/o psicológico. De esta forma el viejo permanece anclado en el pasado, a decir de Pérez (2011); en la primera teoría, que declara que se “repliega a sí mismo” le quita el sentido al

presente, y en la segunda, en la idea de que debe hacer actividades para mantenerse simplemente ocupado, le quita la posibilidad de elaboración de un futuro. Será imprescindible entonces, re-pensar desde nos posicionamos, qué dimensión habilitamos en el viejo en su redefinición subjetiva. Refleja Zarebski (1999)

Pensar al viejo como sujeto deseante es ser consecuentes con los postulados freudianos acerca de la atemporalidad del inconsciente y de la indestructibilidad del deseo. Requiere, entonces, poder atravesar los prejuicios y mitos teóricos acerca de:-la teoría del desapego, -la teoría de la regresión,-incapacidad para el cambio o aprendizaje,- la improductividad,-la inaplicabilidad del psicoanálisis. (p. 175-176)

Actividad y puesta en escena mediada, en contraposición a cierta automatización e imposición del medio, del ambiente, de un Otro. Así entendemos acercarnos al envejecimiento; desde la dimensión humana del sujeto, a partir de su “lado” deseante, piedra fundamental de inicio donde construir lo real, epistemología superadora de ambas teorías explicitadas.

Consideraciones

El trabajo no parte ni se demarca únicamente desde las implicancias de vejez atribuible al sujeto, siendo más ajustado referirnos a situaciones de vejez particulares, a procesos de envejecimiento únicos. No es posible identificar ni atribuir rasgos universales a la vejez; en función del recorrido transitado, el bagaje acumulado y la experiencia vivenciada hace que la población vieja sea quizá la más heterogénea entre sí, transformando la vejez en el momento vital en que más nos diferenciamos los individuos unos respecto a los otros.

Reflexionar acerca del proceso jubilatorio, la diagramación del escenario en construcción luego de abandonado el mercado de trabajo como así la reelaboración y resignificación identitaria del Yo –continuum inacabado-, implica una interrelación entre pasado y presente del viejo. Comprendiéndolo a partir de un constante movimiento dialéctico en él - guardando relación con lo que una vez fue-. Resulta necesario enfatizar que el viejo no se determina, no se “hace” en su vejez, el sujeto es expresión de lo que fue y está siendo.

En el modelo actual de sociedad que habitamos, la institucionalización del curso de vida; representativo de la hipermodernidad, parece limitar los márgenes de posibilidad y expresión del sujeto, pretendiendo cierto ordenamiento, control y estandarización de trayectorias vitales.

Para la vejez, la singularidad del viejo parece quedar cercenada, debiendo actuar en función de lo que se espera de él adjudicándosele roles habitualmente pasivos; definidos desde los atravesamientos señalados por su edad resaltando fundamentalmente aspectos inherentes a su declive o deterioro biológico. La sociedad capitalista ha afianzado como valor supremo que el individuo se desarrolle, crezca y se capacite para producir, reproduciendo su existencia en función a su valor de producción, no siendo de extrañar que se asimile en forma equivalente la jubilación a la vejez.

En función entonces de este marco socio-histórico en el cual se inscribe el sujeto viejo en sociedades hipermodernas hoy, cabe interrogarnos sobre la posibilidad de habilitar otros escenarios ¿podremos habilitar la construcción de un sujeto viejo diferente? ¿es posible una vejez que habilite un futuro, un Yo sin edad?, requiere sin duda del examen y consideración de los estructurantes sociales de índole económico, político, cultural y simbólico imperantes. Pensar la vejez desligada de dichas dimensiones significaría reducirla al simple paso de los años vividos por el sujeto. Un puntapié podría ser interpelar la cuestión sobre; ¿qué tanto se puede lograr un cambio subjetivo sobre las representaciones de la vejez? No es menor el hecho que despojarse de estas implicaría en parte la pérdida de las referencias identitarias hegemónicas que actualmente son sostenidas socialmente. La vejez aún sigue siendo comprendida muchas veces, como un momento estanco, asimilada al declive de lo cognitivo, social, cultural, afectivo. Dichas representaciones atraviesan peligrosamente las prácticas de intervención profesional con viejos, pero además, se encarnan en éstos obstaculizando la producción deseante singular.

Desde nuestro lugar, instamos a la deconstrucción del término vejez, se hace necesario extender un pensamiento superador del concepto, de sus implicancias; sin dejar de reconocer el paso del tiempo sobre los cuerpos, pero de ningún modo sosteniendo una postura reduccionista sobre ello. Es decir recuperar lo deseante, identitario, las voces, lo propio, es la única forma de visualizar aún en la vejez al viejo desde un lugar que lo ratifique como *sujeto*, como un otro. Intervención con viejos, desde sus deseos, necesidades, intereses y demandas en las que se sientan reflejados y considerados como decisores; poniendo en tensión la imagen social-histórica de carga negativa y prácticas profesionales vigentes.

Luego de retirado de su actividad laboral, transitando el proceso jubilatorio, el viejo aún tiene una vida por delante que transcurrir, y es en este marco y contexto político actual, -en el cual se debate y legisla sobre una reforma jubilatoria- es que la temática expuesta cobra

profundo valor y sentido; ¿seguirá el sistema tensando al sujeto desde su capacidad productiva? De ser así, ¿esto no reafirma la noción de vejez ligada a improductividad, deterioro y pasividad?

La vejez nos involucra a todos, el presente contexto político poniendo en juego una reforma jubilatoria puede ser oportuno para ver reflejado que vejez estamos propiciando. Resultaría sumamente importante incorporar discursos y representaciones de diferentes actores y colectivos sociales, profesionales que se desempeñen con dicha población, tener apertura a pensar y hablar sobre atravesamientos de la vejez despojándonos de discursos hegemónicos, simplistas y dañinos.

Afortunadamente diversos colectivos, agrupaciones, actores e instituciones sociales se movilizan propiciando espacios de diálogo, de reflexión, tanto a nivel de enclave territorial barrial hasta parlamentario; sobre temáticas que atañen a todo el colectivo social, es al menos justo hacer el esfuerzo por suscitarlo en lo que hace a la vejez. Sí la política desde su gobernanza es importante y marca la pauta de un entendimiento global y extenso acerca de la vejez, pero como así partió de inquietudes sociales y reivindicaciones colectivas el logro de distintas leyes promulgadas en nuestro país en los últimos años, que se tradujeron en una amplitud de derechos de ciudadanía; lo que hace a la vejez no debe quedar acotado a la población vieja únicamente. Poner sobre la mesa la temática, las implicancias en espacios de participación ciudadana, en los estudiantes, desde la juventud, quizá pueda ser el punto de partida que se traduzca en una legislación a partir de lo que el colectivo social demande.

Queda mucho por recorrer y la inquietud pareciera estar latente, eso de alguna forma hace alusión a que la vejez permanece allí, todavía esperando. Nos preguntamos entonces en lo que atañe al proceso jubilatorio, si prepararse para la jubilación es realmente una necesidad, si debería transformarse en cometido y responsabilidad gubernamental. La estructura poblacional de nuestro país se caracteriza por un marcado envejecimiento poblacional, tendencia que se ha ido acentuando con el paso de los años, adquiriendo un peso considerable las franjas etarias de personas mayores de 50 años; bajo ese panorama es que la legislación Nacional no pareciera acompañar ni dirigir su política hacia lugares de protección ni cuidado al entendimiento acerca del fenómeno jubilatorio, sino todo lo contrario, reforzamiento del sistema mercantil agotando la política legislativa en mera extensión de la edad requerida y los años de actividad necesarios para la jubilación.

Anhelamos poner en juego el pensar al sujeto transitando su vejez, en circunstancia y en contexto; para nuestra sociedad en un marco político y legislativo movilizado, por lo menos álgido, en el cual no debe en ningún caso dejarse al margen interrogantes alusivas a ¿tiene realmente lugar la alegría de todos? ¿se permite la pausa para sentir y contactar con lo que nos acontece? Reflexión sobre las mismas hacia la vejez, sin imposiciones, despojadas de modelos estereotipantes, recuperando las voces de los viejos...historizando desde el sujeto, en contraposición a la fragmentación por su edad, por el mero hecho de acumular años sobre sus pies.

Referencias bibliográficas

Agamben, G. (1998). Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida. Valencia: Pre-Textos.

Agamben, G. (2001). Medios sin fin: notas sobre la política. Valencia: Pre-Textos.

Aguirre, R & Scavino, S. (2018). Vejez de las mujeres. Desafíos para la igualdad de género y la justicia social en Uruguay. Montevideo. Doble clic Editoras.

Araújo, A & Cardozo, A. (2016). Tiempos acelerados y espacios nómades de la hipermodernidad. Reflexiones abiertas. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 6(2), 209-222.

Araújo, A & Yzaguirre, F. (2021). Sociología clínica: reflexiones e investigaciones hoy. Oviedo, Editorial Sapere Aude.

Araújo, A. (2008). Trabajo y no-trabajo: repercusiones psico-sociales del desempleo y la exclusión social en el litoral del país. Montevideo: Nordan Comunidad.

Araújo, A. (2013). Todos los tiempos el tiempo: trabajo, vida cotidiana e hipermodernidad. Montevideo: Psicolibros Universitario.

Aulagnier, P. (1994). Cuerpo, historia, interpretación: de lo originario al proyecto identificatorio. Buenos Aires: Paidós.

Bauman, Z. (2002). Modernidad líquida. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2015). Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Castel, R. (1997). La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado. Buenos Aires. Paidós.

- Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color. *Stanford Law Review*.
- Eira, G. (1997). Palabra, grafía y subjetividad. Montevideo, Uruguay.
- Fericgla, J. (1992). Envejecer. Una antropología de la ancianidad. Barcelona: Anthropos.
- Foucault, M. (1990). Tecnologías del yo y otros textos afines. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1996). Hermenéutica del sujeto. La Plata. Altamira.
- Freud, S. (1988). El malestar en la cultura. Madrid. Alianza.
- Gallo, A y Santos, S. (2022). Actividad remunerada, retiro y vejez. Una mirada de género. *Asesoría General en Seguridad Social. Comentarios de Seguridad Social N° 91*.
- Gallo, A y Nuñez, I. (2023). Satisfacción, bienestar, y valoración de la vida en personas mayores, un análisis de aspectos claves de riesgo y soledad a partir de la Encuesta de Generaciones y Género de Uruguay. *Asesoría General en Seguridad Social. Comentarios de Seguridad Social N° 106*.
- Gallo, A y Nuñez, I. (2024). Brecha de género en el bienestar de las personas mayores solas. *Asesoría General en Seguridad Social. Comentarios de Seguridad Social N° 108*.
- Gallo, A. (2024). Trabajo no remunerado, vejez y género. Un estudio sobre el uso del tiempo de las personas mayores. *Asesoría General en Seguridad Social. Comentarios de Seguridad Social N° 113*.
- Gaulejac, V. (2013). La neurosis de clase: trayectoria social y conflictos de identidad: por una sociología clínica. Buenos Aires: Del Nuevo Extremo.
- Han, C. (2015). El aroma del tiempo: un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse. Barcelona: Herder.
- Han, C. (2016). Topología de la violencia. Barcelona: Herder.
- Han, C. (2017). La sociedad del cansancio. Barcelona: Herder.
- Han, C. (2021). La desaparición de los rituales: una topología del presente. Barcelona: Herder.
- Hill Collins, P. (2000). Black feminist thought: knowledge, consciousness, and the politics of empowerment. New York and London. Routledge
- Hollich, R. (2015). Hacia el retiro del mercado laboral del viejo. Configuración de una nueva cotidianeidad (tesis de grado). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo.
- Lassen, A. & Moreira, T. (2014): Unmaking old age – Political and cognitive formats of active ageing. *Journal of Aging Studies*, 30(1): 33-46.

- Lassen, A. (2015). Biopolíticas de la vejez. Cómo el conocimiento sobre el envejecimiento forma políticas de envejecimiento activo. *Sociología histórica* 5/2015: 331-362.
- Lemke, T. (2011). *Biopolitics: an advanced introduction*. New York: New York University Press.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- Ludi, C. (2005). *Envejecer en un contexto de (des)protección social: claves problemáticas para pensar la intervención social*. Buenos Aires. Espacio.
- Ministerio de Economía y Finanzas. (07/2023). Rendición de Cuentas y Balance de Ejecución Presupuestal 2022. REFORMA DE LA SEGURIDAD SOCIAL. <https://www.gub.uy/ministerio-economia-finanzas/comunicacion/publicaciones/exposicion-motivos-rc-2022/7-reforma-seguridad-social/74-aspectos>
- Neugarten, B. (1972). *La personalidad y el proceso de envejecimiento*. Barcelona: Herder.
- Pérez, R. (2011). La construcción subjetiva del envejecimiento. Proyecto de vida e imaginario social en la clínica psicológica con mayores. En: Quintanar F. *Atención psicológica de las personas mayores. Investigación y experiencias en psicología del envejecimiento*. (1ra. Edición). (Cap.13, pp. 279-299). México DF.
- Rose, N. (2012). *Políticas de la vida: biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. La Plata: UNIPE Editorial Universitaria.
- Rovira, A. (2024). *Un cuento neoliberal: la racionalidad gubernamental de la vejez (tesis de doctorado)*. Facultad de Psicología, Universidad de la República, Montevideo.
- Sánchez, C. (2000). *Gerontología social*. Buenos Aires. Espacio.
- Streeck, W. (2017). *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos Sobre un Sistema en Decadencia*. Madrid. Traficantes de sueños.
- Urbano, C & Yuni, J. (2016). *Psicología del desarrollo: enfoques y perspectivas del curso vital*. Córdoba: Brujas.
- Yuni, J, comp. (2011). *La vejez en el curso de la vida*. Encuentro Grupo Editor.
- Zarebsky, G. (1999). *Hacia un buen envejecer*. Buenos Aires: Emecé.
- Zarebsky, G. (2005). *El curso de la vida: Diseño para armar*. Buenos Aires: Universidad Maimónides.
- Zarebsky, G. (diciembre de 2016). *El paradigma de la complejidad en el Curso de Vida y el Envejecimiento*. Congreso Mundial por el pensamiento complejo. Los desafíos en un mundo globalizado. París.